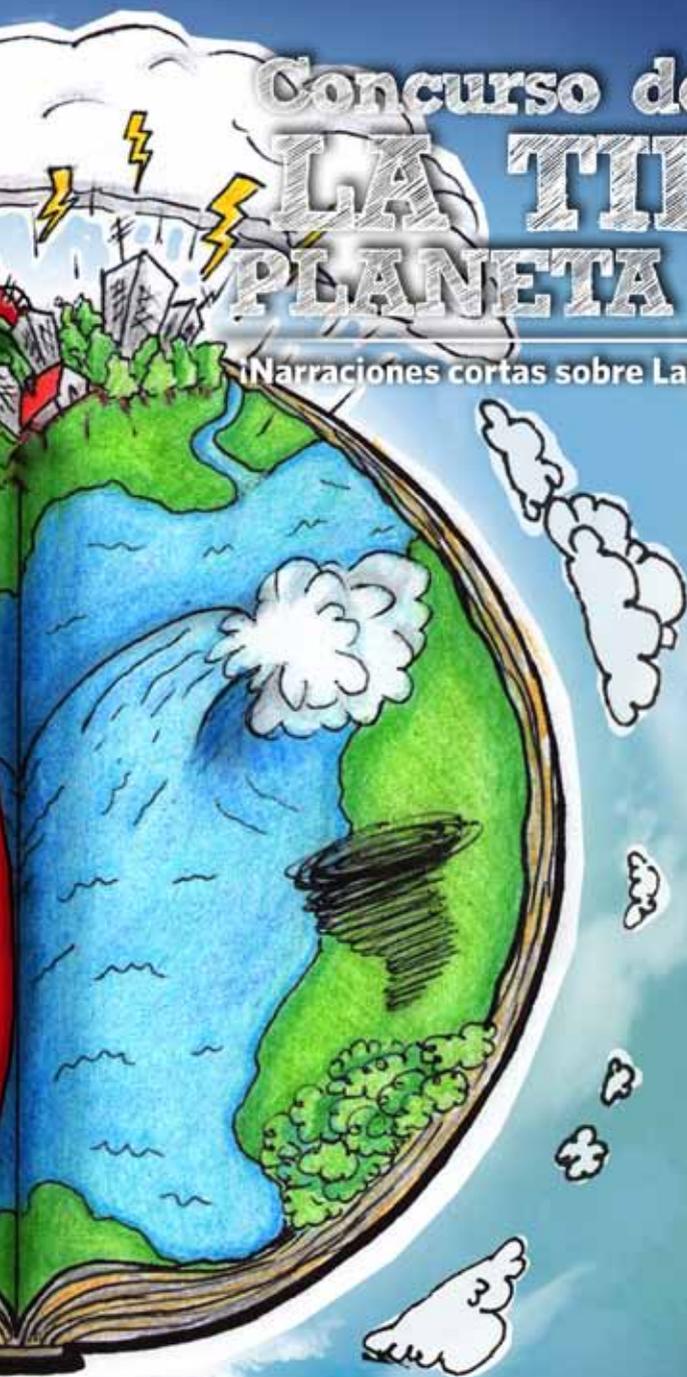


Concurso de Cuentos

LA TIERRA PLANETA ACTIVO

Narraciones cortas sobre La Tierra y sus fenómenos!

2012



Concurso de Cuentos
LA TIERRA
PLANETA ACTIVO

¡Narraciones cortas sobre La Tierra y sus fenómenos!

COMPILACIÓN DE LOS PARTICIPANTES

Concurso de Cuentos **LA TIERRA PLANETA ACTIVO**

¡Narraciones cortas sobre La Tierra y sus fenómenos!

COMPILACIÓN DE LOS PARTICIPANTES

NOVIEMBRE 2012

ORGANIZADO POR LA SECRETARÍA DE DIFUSIÓN



Facultad de Ciencias
**Astronómicas
y Geofísicas**
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

*Diseño y diagramación: Eduardo Quintero, Facundo Cattaneo, Regina Della Valle
Ilustración de cubierta: Regina Della Valle*

Índice de Categorías

Categoría “Cenozoica” de 9 a 12 años	Pág. 7
Categoría “Mesozoica” de 13 a 16 años	Pág. 14
Categoría “Paleozoica” de 17 años en adelante	Pág. 19

Índice de Ganadores

Categoría “Cenozoica”

1° Premio: “ <i>La misión de Tomás</i> ” / MALTITI	Pág. 7
2° Premio: “ <i>Una familia en erupción</i> ” / MIKU	Pág. 9
1ª Mención: “ <i>El gran derrumbe</i> ” / ARTHUR CONAN DOYLE	Pág. 11
2ª Mención: “ <i>El murciélago Sartuó</i> ” / JOACO	Pág. 12

Categoría “Mesozoica”

2° Premio: “ <i>La hora mágica</i> ” / RAYO	Pág. 14
1ª Mención: “ <i>Fuerzas superiores</i> ” / SINSAJO	Pág. 16

Categoría “Paleozoica”

1° Premio: “ <i>Instinto de supervivencia</i> ” / AL-ZARQALI	Pág. 19
2° Premio: “ <i>Ecce Homo</i> ” / LEÓN DE PASO	Pág. 25
1ª Mención: “ <i>Origen desconocido</i> ” / ANDY	Pág. 29

La misión de Tomás

SEUDÓNIMO / MALTITI

Hace muchos años, en un pueblo desconocido, existió una princesa muy hermosa. Ella se llamaba Sofía, pero todos le decían princesita Sofí.

En el pueblo donde vivía la princesita Sofí, se producían grandes terremotos. Grandes y peligrosos. Los ciudadanos del pueblo ya se habían acostumbrado. Pero, la princesita Sofí los odiaba. No había cosa que más detestara que los terremotos. Hay que admitir que la princesita Sofí era muy caprichosa. Y el padre lo reconocía, pero para que no se volviera loca, el rey organizó una fiesta para todo el pueblo, en la que, al final, en lo que parecía un simple juego de entretenimiento, el ganador tenía la difícil misión de complacer a la princesita Sofí.

-¿Y cuál será mi recompensa?-pregunto Tomás, el ganador del juego.

-La mano de mi hija-dijo el rey-. Cumple con su deseo de acabar con los terremotos y yo cumpliré con el tuyo de hacerte rey. Ahora ponte en marcha y no pierdas tiempo.

Tomás preparó sus cosas y comenzó a viajar rumbo a la montaña Negra por que había rumores de que allí se originaban los terremotos. Luego de 3 semanas de caminar por la montaña, llegó a una cueva donde no se veía nada. Pero Tomás estaba tan bien preparado, que sacó de su bolsillo un fósforo que, al encenderlo, dejó ver en el fondo de la cueva un monstruo. Del susto, Tomás apagó el fósforo de inmediato y trató de escapar, pero el monstruo, de un golpe, hizo caer una piedra enorme que tapó la entrada, pero que dejaba que entrara un poco de luz.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la semi-oscuridad, vio que la criatura tenía el tamaño de un elefante, los colmillos de un tigre, el pelaje de un perro, el apetito de un tiburón y, cuando lo oyó rugir, notó que lo hacía como un león. Nadie podría combatirla. Nadie, salvo Tomás. Él era la esperanza.

El monstruo estaba comiéndose una vaca entera cuando interrumpió su cena para atacar al humano. Tomás se preparó. Tomó su espada, su escudo y se armó de valor para enfrentarlo. Cuando el monstruo dio un paso, Tomás le clavó la espada en la pata. La bestia cayó de espaldas y Tomás miró satisfecho.

-¿Por qué?-decía el monstruo-¡Esto duele mucho!

-¡Hablas!-dijo Tomás sobresaltado-Esto es increíble. ¿Estás bien?

-¡Claro que no!-exclamó el monstruo-¡Tengo una espada clavada en la pata!

-Lo siento-dijo Tomás quitándole la espada de la pata-

-¿A qué viniste?-preguntó el monstruo.

Tomás se puso derecho y dijo con autoridad:

-¡Vine en nombre del rey a detener los terremotos!-entonces, bajó su tono de voz y confesó humildemente-Pero no sé cómo se producen.

-Pues aquí está la razón-dijo el monstruo señalando una rama gigante que iba de un lado al otro de la cueva-

-¿Eso produce los terremotos?

-¡Claro! ¿Qué esperabas? ¿Una civilización que viviera debajo de la tierra?

-Pero, ¿cómo?

-Pues, cada vez que yo quiero caminar de un lado de la cueva al otro, esta cosa me hace tropezar. Ya intenté correrla, pero no puedo.

-¡Intentémoslo juntos!-dijo Tomás-¡Vamos!

Tomás y la bestia lograron mover el tronco empujando uno de cada lado. Luego ambos jugaron mucho.

Ya era de tarde y Tomás debía regresar, pero cuando estaba por ir, le dijo al monstruo:

-¿Cómo te llamas?

-Rupert-dijo el monstruo-. ¿Y tú?

-Tomás-y agregó-. Ey Rupert, se me ocurre que te puedo venir a visitar de vez en cuando ¿no?

-¡Me encantaría!-dijo Rupert saludándolo con entusiasmo.

Tomás volvió a su pueblo, se casó con la princesita Sofí, se convirtió en el rey y fue a visitar a su amigo Rupert todos los meses. Claro que desde aquel día no hubo más terremotos salvo cuando el monstruo tenía hambre, por que se tiraba al suelo y hacía berrinches. Pero, exceptuando esto, todos vivieron felices y en paz para siempre.

Una familia en erupción

SEUDÓNIMO / MIKU

Cerca de un lago vivía una familia, los integrantes eran el hermano Tomás, la hermana Delfina, el padre Pablo y la madre René. Ellos después de una larga jornada de trabajo y estudio cenaban en familia. La madre cocinaba curanto y otros alimentos saludables. Tomaban agua del lago Villarrica que estaba cerca de su casa y de otros ríos.

No bebían nada de jugo ni gaseosa. Las sobremesas era interminables, donde todos compartían lo transcurrido durante el día.

Por la ventana se veía al lado del lago el volcán Villarrica, muy cerca de los andes, que es el sitio donde vivían. De vez en cuando el volcán entraba en erupción y contaminaba el agua. Entonces la familia agarraba de lo que sobraba del otro día. Y con una máquina sacaba la lava que también estaba mezclada con botellas, bolsas, pilas, cosas metálicas.

Un medio día entró en erupción muy fuerte. Más fuerte que otras veces. Los habitantes recordaban otros estallidos que les habían contado sus abuelos. Unos hablaban de uno muy terrible en el mes de febrero de 1640... y de otros más cercanos en el tiempo. Ellos también decían que el volcán se enfurecía porque era la casa de los espíritus según los mapuches.

Al no tomar agua ellos se volvían chiquitos tan chiquitos como una hormiga como una pulga. Se habían vuelto un poco invisibles, las demás personas no los veían y los podían pisar. No sabían que hacer, pero al cabo de un rato pensaron a ver qué podía ocurrírseles. Y a todos se les ocurrió algo y empezaron hablar a la misma vez, pero a nadie se le entendía nada. Delfina dijo entonces: ¡Hablen de a uno! ¡Que no entiendo nada de lo que dicen! ¡Que hable René! A mi se me ocurrió que gritemos y nos escuchen y nos vengán ayudar, que pidamos auxilio! Ahora que hable Pablo y dijo: a mi me parecía que lo mejor es pedir ayuda. ¿Qué podemos hacer? Sí, podemos cantar una canción mapuche al volcán así se le pasa la locura. Y Tomás agregó: pienso lo mismo y mientras tanto, marchemos a los otros ríos con un balde a buscar agua y a tomarla porque sino en unas horas vamos a desaparecer.

Después de la canción se dieron cuenta que trabajando en equipo todo se puede solucionar; después de tomar agua del río volvieron a su casa

y tomaron una idea de René, que no habían podido llevar adelante antes, porque estaban muy chiquitos. Ahora ya estaban como antes y entonces decidieron ir hasta el volcán y ponerle un tapón. El tapón lo habían hecho con cientos de corchos de botellas de vino.

El gran derrumbe

SEUDÓNIMO / ARTHUR CONAN DOYLE

Cientos de años atrás, cerca de la costa del mar Caspio, en el actual Irán, había una civilización llamada Los Brisos, ellos ocasionaron no un derrumbe común sin consecuencias, sino un derrumbe extraordinario. En aquella época no había edificios, ni autopistas ni automóviles. No había celulares, ni electrodomésticos. Había simples chozas y también caminos de arena como era el desierto en ese entonces. Y en vez de coches, solo vivían los camellos y los caballos. Y en vez de aviones había aves con plumas rosas y de picos largos y el mar era fuente de aguas inmensas, dónde vivían especies como los esturiones y el pez blanco.

Cuando el rey Ismail I quiso hacer un canal para enriquecer la desértica meseta, comenzó toda la catástrofe. Tras varios meses de trabajo se habría finalizado la realización del canal pero para la mala suerte de los Brisos el canal estaba mal hecho: no tenía los suficientes troncos de árboles sosteniendo la represa. Ni las suficientes columnas de piedras. Lo que provocó que los sostenes se hayan quebrado y el agua desbordara desplazándose por toda la población.

Una intervención divina se hizo presente. Los Dioses también se enfadaron con Ismail I y encolerizados, hicieron levantar una ola desde el interior del mar, era una ola gigante que ninguno de los habitantes habían visto alguna vez. Parecía una ola negra, negra como una pantera. Pero al mismo tiempo es como si hubiera tenido una cara, como si una pantera se abalanzara hacia su presa.

La ola con una fuerza nunca antes vista se desplomó contra los habitantes de Irán que muchos años después seguirían sufriendo.

El murciélago Sartuó

SEUDÓNIMO / JOACO

Había una vez un murciélago que se llamaba Sartuó que a diferencia de los otros murciélagos, volaba de día.

Un día mientras volaba a España, lo atrapó un tornado. Giró y giró.....

Se encontró con un Señor que le empezó a disparar, entonces él lo mordió.

El no quería hacerlo, pero lo hizo, y dijo: -¿Ay, qué hice?-

Sartuó que no sabía lo que era, de a poco se fue acordando, era un *Espía de la DRGM (dirección rígida general de murciélagos)*. Como todo espía tiene un jefe, lo busco, lo encontró y le contó lo que había hecho.

El jefe le dijo: -Dermeity!!-.

Y Sartuó no lo entendió y le dijo: -¿Qué?-

Y el jefe se convirtió en un monstruo de 800 manos, 84 piernas y en cada mano 1 ojo, que le volvió a decir: -Dermeity!!-.

Sartuó se fue volando por la ventana y el monstruo lo atrapó pero Sartuó lo mordió y los dos cayeron.

Cuando iban cayendo, Sartuó se despertó. Lo que había pasado era que cuando el tornado lo hacía girar, le rompió un ala, se fue cayendo, se golpeó con una rama y se había desmayado.

Pero se despertó por los gritos del Señor cuando se iba corriendo diciendo:

-¡haaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Un murciélago de día!-.

Por suerte estaba muy poco herido y el murciélago volvió a su casa.

Les contó el sueño a sus padres y les dijo si lo podían ayudar. Entonces le arreglaron el ala y le dijeron que vaya a dormir pero que nunca más salga de día cuando hay tornados.

Cuando estaba descansando escuchó voces en la cueva y se fue a ver quienes estaban hablando. Se quedó súper asustado cuando vio que sus padres estaban hablando con el jefe que él había soñado.

Entonces, el jefe se convirtió realmente en el monstruo del sueño y se comió a los padres. Sartuó se dio cuenta que el sueño había sido realidad, salió volando de la cueva, se volvió a encontrar con otro Señor que al verlo salió corriendo gritando:

-¡haaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Un murciélago de día!-.

Entonces el Señor tiró el arma y justo vino el monstruo que quería agarrar a Sartuó y el arma se disparó sola matando al monstruo.
Por fin Sartuó vivió feliz sabiendo que era un murciélago Espía de verdad.

La Hora Mágica

SEUDÓNIMO / RAYO

Apagué el televisor, encendí la mente. No tengo una tormenta de ideas. Soy un escritor que no tiene la inspiración. Hoja en blanco. Tengo letra de doctor. Mi *a* se parece a una *e*. Escribo hasta en servilletas. A Dalí se le ocurrían las ideas más geniales en la estación de Perpignan, el centro del mundo. A mí, esa “Hora Mágica” llega sólo con la tormenta eléctrica. Otros, en menos de una hora pueden escribir un cuento completo.

Quiero encontrar esa idea, ese rayo, ideal.

Para eso, estudié ceraunología. Las probabilidades de que me caiga un rayo eran de 1 en 2 millones. Pero no perdí las esperanzas.

La tormenta se acercaba. Contaba los segundos entre el relámpago y el trueno varias veces. Contaba la diferencia entre de tiempo entre la luz y el sonido. Era cada vez menor.

Humedad. Ya se veían los cumulonimbos. Su forma se parecía a la de un sombrero conocido como el “Boss of the Plains”, diseñado para resistir todo tipo de clima, fabricado en el periodo del Salvaje Oeste en Estados Unidos.

Me saqué los guantes de látex, que uso siempre. El plástico me aislaría de la electricidad, y haría que las ideas reboten.

Llovía en todos lados. En el corazón de la noche, en los pies de la montaña, en las cinturas de las colinas, en el cuello de la botella, en las patas de mi silla. Pero no en mí.

Prendí la radio. Irradiaba sonido como los rayos. Ellos pasaban por al lado mío burlones. Bailaban al ritmo de Mozart, en una composición de piano que se tocaba con las dos manos y con la nariz. Algunos tenían forma de mano esquelética. Otros eran amorfos. Mamarrachos como mis letras. A los rayos, al igual que a las nubes, uno les da la forma que quiere, que imagina. Unos caían del cielo con soberbia como Lucifer, otros tan rápidamente que no llegaba a verlos. Esa era una idea que no había sido anotada, un pensamiento perdido.

Había rayos muy cortos, y de vocabulario. Tenían miedo, fobia irracional a las palabras largas. Su trueno era muy breve. Y Parecía hablar solo con Haikus, una poesía japonesa que dice mucho en pocas palabras.

Aparecían líneas de luz que hablaban todo con palabras rebuscadas.
Ninguno era sólido, líquido ni gaseoso. Se encontraban en estado de Plasma, como algunos televisores o lámparas que emiten serpientes de luz, que no se utilizan para iluminar.
Rayos globulares. Rayos x e y. Rayos cósmicos, del espacio exterior.
Armas de Zeus zigzagueantes, serpenteantes, armas de nadie.
Podían caer a lo lejos, en la Laguna boliviana El Rayo, o rozarme.
Mis sabinas estaban hendidas por rayos. Atacaban especialmente árboles.
Parecían buques de la Armada Española que navegaban por un cielo lleno de máculas negras. Parecían grietas, pedazos de cielo. Rasgaban la cortina de la noche. Chispas como mamushkas, que cabían una dentro la otra. Rayos que partían la tierra con la potencia de una explosión nuclear.
Pero, a pesar de todo, ninguno me interesaba, ninguno me atrapaba. Soy muy perfeccionista, minucioso.
Vi una sombra.
Era un rayo diferente, escondido.
Soplo la palabra nube y te encuentro.

Fuerzas superiores

SEUDÓNIMO / SINSAJO

La anciana se sentó frente al pequeño, que la miraba con ojos tristes desde el sillón familiar. Sus manos temblorosas y arrugadas se posaron sobre su pelo revuelto, acariciándolo como solía hacer en los viejos tiempos.

- ¿Nunca te conté la leyenda del tornado, Toby?

- No, abuela. ¿Qué es una leyenda? –preguntó, de repente, curioso.

Una risa cansada escapó de sus labios.

–Es un cuento, mi niño. Como aquellas historias que te contaba tu padre, ¿recuerdas?

Afuera, los árboles se movían con brusquedad, llorando sus hojas. No hacía frío, y sin embargo, las flores del rosal habían muerto. El paisaje terrenal era tan gris como el cielo, que poco a poco se llenaba de nubes, anunciando su llegada.

-¿Y qué dice la leyenda, abuela?

Algo golpeó contra la puerta de roble. La tierra comenzó a entrar por los huecos en las ventanas. El aullido del viento era tan fuerte que tuvo que hacer un esfuerzo para relatar el nacimiento de la destrucción:

Hace muchos, muchos años, cuando ni tú, ni yo habíamos nacido...

-¡Seguro fue antes de que vivieran los dinosaurios! –interrumpió Toby.

Rió por segunda vez en semanas. O puede que, incluso, meses.

-No, mi niño, yo no soy tan vieja, si eso es lo que intentas decir. Pero sí, tienes razón, fue mucho antes que eso...

...existía un hombre muy sabio, antiguo y poderoso sobre la Tierra. Digamos que vivía en un campo parecido al nuestro, en una casa pequeña y humilde, ya que no la compartía con nadie. Disfrutaba mucho de la soledad, y no tenía vecinos que lo molestaran. Sus días eran siempre para él, para sus poesías y para sus dibujos, a los que dedicaba horas y horas seguidas.

Un día decidió salir a dar un paseo por el bosque, pero se perdió y se asustó mucho. Estaba solo, y los ruidos de los búhos le ponían la piel de gallina. ¿Sa-

bes qué hizo?

-¿Llamó a los bomberos para que lo fueran a rescatar?

-Toby, cuando esto sucedió no había bomberos, ni teléfonos. –dijo su abuela, divertida por la imaginación del pequeño.

-Oh... bueno, dime qué hizo el señor sabio.

El señor sabio se recostó en una roca amplia, dirigió su vista al cielo nocturno, y comenzó a ver las estrellas. Las contó, y le puso un nombre a cada una. Les habló sobre sus mañanas, que cada vez le parecían más aburridas y solitarias; les recitó sus poemas, aprendidos de memoria de tanto leerlos para sí mismo; y lloró. Lloró porque no tenía a nadie, más que a aquellas lucecitas tan lejanas. Lloró porque no podía dar ni recibir amor.

Se durmió más tarde con los ojos todavía húmedos, sin esperar ver, a la mañana siguiente, hombres, mujeres y niños, todos durmiendo a su alrededor.

Toby abrió los ojos muy grande, sin poder creer las palabras de su abuela. Escaleras arriba, el ruido de cristales rompiéndose. Miró hacia allí, sin querer demostrar mucha preocupación, y reanudó la historia.

Aquellos seres habían crecido de la tierra, donde las lágrimas del hombre, llenas de ternura y deseo, los alimentaron. Uno a uno todos se despertaron, lo saludaron, y lo escucharon, porque él tenía mucho que decir.

Así pasaron los días, los nuevos días, donde el aire se llenaba de risas y anécdotas; donde todos eran felices y unidos. El señor les dio trabajos, tareas y responsabilidades, para que se formara una comunidad en la que todos eran iguales y compartían lo que tenían.

Pese a todo el amor que el anciano daba y esperaba, hubo un grupo de personas que se cuestionaban por qué no podían dirigir ellos a los demás. Por qué su creador no hacía más que decirles qué hacer, mientras que ellos realizaban el trabajo duro. Y se rebelaron. Fueron egoístas, malos, destructores. Dejaron de agradecerle al viejo sabio su protección, y se coronaron entre ellos. Y el hombre más poderoso de todos, el que les había dado la vida, se enojó muchísimo.

La luz se apagó. Un grito agudo, y unas palabras tranquilizadoras. Ella pren-

dió unas velas, y abrazó al pequeño.

-Tengo miedo, abuela. ¿Y si desapareces como lo hicieron mamá y papá aquella tarde? ¿Y si te lleva, y no te trae de regreso?

-No, no. No quiero que pienses en ello. Déjame terminar la historia, ¿sí?

Le dijo al cielo que todos los días, antes de lo previsto, se vuelva negro. Le pidió al viento que soplé más y más fuerte. Que destruya casas y familias. Ese era el castigo por haberle dado la espalda a quien les había dotado de corazón. Y un remolino de aire, polvo y odio se avecinó sobre los hombres, llevándose sus revueltas, sus arrepentimientos y sus cuerpos consigo.

-¿Y por qué Dios castiga también a los buenos, abuela? ¿Por qué nos quita lo que más amamos?

Su abuela estalló en llanto.

Lágrimas corrían por las mejillas de ambos. Las palabras de aquella pequeña criatura, llenas de inocencia y madurez al mismo tiempo, le hicieron cuestionarse toda su vida, en donde aquella pregunta nunca se formuló en voz alta. Las paredes comenzaron a moverse, y su nieto le tomó la mano.

-¿Y si el tornado es un camino? ¿Y si conduce a un lugar fantástico, sin gente mala, en donde nos esperan mamá, papá y el abuelo?

Una última mirada de compasión. La luz de las velas se apagó por completo, pero una llama misteriosa y mágica la reemplazó. Besó su frente, y cerraron los ojos.

Instinto de supervivencia

SEUDÓNIMO / AL ZARQALI

Trepó con sus pocas fuerzas hacia la cima de la pedregosa colina. Constituida con piedras de tamaño enorme y minúsculo, se derrumbaban a cada intento de ascender. Pero no desistió de ello, puesto que su mente, su valía y su vida parecían depender de ello. Tras resbalar innumerables veces y estar casi al borde de la desesperación consiguió su fútil propósito. La cima era minúscula y sin nada de vida sobre ella, pero Harzak pudo ver una panorámica de lo que le redeaba. Una tierra salpicada de colinas desérticas en la que predominaba el color rojo sangre. Hasta donde podía alcanzar su vista divisaba un erial muerto y desolado. Una desolación solo comparable a la que tenía en su alma.

Recordó Harzak cuando en los tiempos gloriosos su civilización cubría la faz de la Tierra. Habían colonizado cualquier punto del globo: desde valles umbríos hasta las llanuras gélidas de los polos y pasando por las selvas más exuberantes e impenetrables.

Pero de ese orgullo no quedaba nada, de esa ansia por conocerlo todo. Por comprenderlo todo. El cielo, de tintres rojo y dorados solo, estaba cubierto de gruesas nubes que apenas dejaban pasar algo de luz. Torreones luminosos que aparecían y desaparecían como jugando a juegos infantiles. El viento seco y cálido cortaba su maltrecha piel. Y su sed era acuciante. Harzak hacía días que no había comido ni bebido: carne reseca y sin valor y agua pútrida. Estaba al límite, pero no podía darse por vencido. Como el último representante de su especie se negó a tal honor de una muerte rápida. Pero la ironía de que ningún historiador iba a recoger el último dato de la Historia le hizo mover sus agrietados labios en una mueca que imitaba grotescamente a una sonrisa. Intentó levantarse, pero hasta el cuarto intento no lo logró. Su horizonte se amplió y vislumbró aún más desolación. No había rastro de vida en las proximidades y recordó las antiguas mitologías donde los dioses castigaban a sus siervos con crueles y repetitivos castigos. Aunque consumido y totalmente esquelético, sus músculos agotados no soportaron más

su peso y se dejó caer. Puede que perdiera el conocimiento durante algunos minutos. Quizás fuesen segundos u horas, porque el cielo no cambiaba y los relojes ya solo pertenecían al recuerdo. Respiró profundamente para tomar aire y retazos de fuerza, pero solo tragó tierra y le hizo toser.

Su pueblo había sido numeroso y su familia bien conformada y feliz, a pesar que la era en la que vivían era dura. Los siglos dorados de inventos revolucionarios y exploraciones gloriosas habían quedado muy atrás y no se puede vivir eternamente del éxito de los antepasados. Ignorando que el mundo declinaba no consiguió evitar la auténtica declinación. Bosques talados, agua desaprovechada, guerras exterminadoras... Todo eso había ayudado al colapso de su civilización. Eso y la maldición divina, como auguraban los clérigos, aunque los científicos lo achacaban a algo más simple y demoledor: un asteroide.

Harzak se abrasaba en esa tierra pedregosa y caliente, por lo que rodó hasta quedar precariamente boca arriba. Un alarido fue lo único que pudo producir para combatir a la ominosa desolación. No podía hacer más. Incluso, si encontraba algún depósito de agua potable lo único que le reportaría sería unos días más de agonía, unas horas para seguir meditando antes de que el delirio ocupase todos sus resquicios. Minutos para lamentar su maldita acción de huir de la ciudad moribunda y dejando atrás a su familia en un gesto egoísta por su supervivencia. Pero la supervivencia, aunque fuese un instinto poderoso y un arma eficaz para los momentos más difíciles, estaba engañada porque no había manera de evitar el funesto fin. Reptó como pudo para avanzar unos metros y del esfuerzo sin ningún motivo solo surgían lamentos. En un determinado momento se le saltó una uña, pero sus centros nerviosos receptores del dolor estaban saturados y no sintió nada. O sintió como cualquier otra sensación, al mismo nivel que sentir calor, sentir sed, sentir el viento árido...

¿Habría quizás otros supervivientes en distintas partes del mundo? ¿Estarían en su condición lamentable? ¿Creerían, igual que él, que eran los últimos representantes de su civilización? O quizás había algún lugar que logró preservarse y funcionaba como refugio para un nuevo renacer. Una segunda oportunidad de aprender a convivir en armonía con el prójimo y la natura-

leza. Una oportunidad para volver a expandirse sobre la Tierra y redimirse la especie en sus pecados. Una estadía en el purgatorio para comprender al fin que el egoísmo y la desvinculación con lo que te rodea es un fallo fatal.

Pero en el fondo de su alma sabía que solo eran vanas esperanzas. Destellos de algo mejor para seguir vivo y luchar por él. Desechó todo eso y se preparó para sus últimos minutos. No. Aún no era la hora. No podía consentirlo. Algo en su interior, más fuerte que él, se lo impedía. La sangre de sus heridas, llenas de tierra y resacas, casi se abrieron del impulso que dio para levantarse. Había sacado fuerzas de un lugar desconocido, quizás de su instinto de supervivencia. Volvió a gritar y si hubiese tenido la hidratación suficiente hubiese derramado algunas lágrimas del esfuerzo y del dolor que inmediatamente le azotó sin misericordia. Giró en torno a sí mismo y miró con más detenimiento. Allá abajo había algo. Por un segundo pensó que no podía ser cierto y que estaba delirando a causa de la alta fiebre y la falta de agua. Pero no, ese delirio persistía, por lo que debía ser cierto. Pestañeó varias veces y la imagen estaba fija en la lejanía. Tenía que ir hacia allí, aunque fuese la última cosa que hiciera. La última aventura del último.

¿Cómo se había llegado a eso? ¿Fue quizás la arrogancia de haber sido el culmen de la evolución? ¿Ser la especie dominante había mermado sus capacidades por haberse confiado en una tonta declaración como esa? Mirar por encima lo que te rodea no ayuda. Al final la naturaleza toma venganza y te responde que solo eres un accidente en el devenir de su existencia. Sus inventos, sus avances en medicina, todo borrado de un plumazo. Era la mayor humillación de la que se podía soportar. La petulancia rápidamente acallada. Todos esos grandes científicos, estadistas y visionarios, todos ellos juntos no pudieron con la catástrofe final.

Pasos temblorosos le condujeron hacia el borde de la colina y poco a poco fue descendiendo. Primero, con pasos inseguros y bamboleando el cuerpo para mantener un precario equilibrio; tras ganar en confianza comenzó a descender con más rapidez, pero un apoyo mal calibrado y una piedra traicionera hicieron que Harzak cayera y rodara por la pendiente hacia la base. El dolor consumió todo su cerebro y no le permitió realizar ninguna acción. El lamento y la desorientación se hicieron uno para acabar con su determinación. Intentó acurrucarse sobre sí mismo y relajarse en esa posición pero

los huesos rotos no le dejarían en paz. Abrió poco a poco los ojos y cuando los párpados formaban una rendija minúscula echó un rápido vistazo para confirmar que no eran fracturas abiertas. Cuando el dolor remitió lo suficiente comprendió que estaba lejos de su objetivo. Una centena de metros lo alejaban de su meta idílica. Tenía que llegar.

El asteroide hizo daño. De eso no cupo duda. Extensiones inmensas arrasadas, especies aniquiladas, bosques calcinados, tierra en la atmósfera tapando el sol. Pero podían haberse recuperado del duro golpe. Lo sabía. Tenían tecnología para ello. La razón de la debacle fue que previamente la civilización se había ocupado de desertizar y destruir su ecosistema. Demasiada fe en la tecnología quizás. O un pueril sentimiento de que podrían resolver todo cuando acaeciese. O que nunca llegaría. Pero los hechos desmintieron a todos y cada uno de los postulados de supremacía.

Harzak se revolvió hasta conseguir una postura cómoda, dentro de sus precarios parámetros. Se movió entre oleadas de dolor hasta saber qué parte de su cuerpo estaba relativamente intacta. Cuando lo supo, entre gemidos de dolor y alguna que otra maldición, empezó a moverse con torpeza hacia su objetivo. Pero estaba cansado y avanzó menos de lo que sospechaba. La desesperación se hizo presente y gimió lamentándose de su maldita suerte, como si lo que le pasara fuese una metáfora de lo que le ocurrió a la especie. Reptó poco a poco hasta que en su mente no había otro objetivo, solo vivía para reptar hacia su ansiada meta. Pero su maltrecho cerebro no se rendía y recuerdos y reflexiones, claras indicadoras de las postrimerías vitales, le asaltaban a cada segundo. Su infancia, su educación, su vida, su trabajo, el holocausto, todo ello era un cúmulo denso de ideas y reflexiones que le hacían olvidar la pena y el dolor. Su diminuto objetivo seguía allí, quizás efímeramente, quizás para toda la eternidad.

Odiaba recordar cómo huyó cobardemente de su familia, temblorosa y con miedo. No podía ocuparse de ella, a estos niveles de supervivencia era él o los demás y en una decisión egoísta y de la que a cada hora se arrepentía enormemente, salió de la ciudad tan veloz como pudo. Se unió a un grupo de vagabundos con más experiencia en sobrevivir en situaciones difíciles. Pero nadie estaba preparado para soportar tal carga. Muchos de sus nuevos com-

pañeros, hartos de errar por el mundo, decidieron que era el momento de cambiar la táctica. Nada del idílico coloquio para crear un nuevo gobierno con nuevas leyes. Nada de crear una jerarquía mejorada y más amigable. Nada de conservar el conocimiento y volver a difundirlo. Nada de eso. Sus nuevos compañeros decidieron que los instintos primarios eran los únicos que podían asegurar la supervivencia. Asaltaron viajeros, quemaron pueblos arruinados, mataron con gusto, violaron devastadoramente. Y él, Harzak, participó. Él que se creía un ciudadano modelo y de convicciones puras. Él se bañó en sangre ajena, él degolló ancianos indefensos, él guió al grupo cuando se acabaron en el horizonte las ciudades y la vida. Él fue de los primeros en arrimarse a la fogata cuando el grupo comenzó a practicar el canibalismo por falta de alimentos. Y él terminó con la vida de sus pocos compañeros que aún no habían muerto de sed o locura.

Pero Harzak cada segundo después de ser el último se arrepintió. Quería redimirse. No quería abandonar este mundo con todas esas cargas en su cabeza. Sabía que nada iba a cambiar y no quedaba nadie para dispensar el perdón o el castigo. Pudiera ser que la vida del más allá hiciese el trabajo, pero no estaba tan seguro. Pero quería limpiar su alma, en caso de que existiera. Ahora estaba mucho más cerca de su objetivo, su meta estaba al alcance de la mano. Con un poco más de fuerzas logró llegar al punto ansiado, a su meta dorada. Ahí estaba, frágil al viento, pero rezumando de vida. Una pequeña y verde planta, con sus hojas recibiendo la poca luz que atravesaba la capa de crueles nubes. El capullo estaba desenrollándose y en poco tiempo dejaría a la vista la flor que con tanto esmero había tardado en producir. Vida, quizás no estaba todo perdido. Él y su especie sí, ya no había más que hacer, excepto cuidar a esa minúscula planta hasta que se hiciera fuerte y diese paso al nuevo comienzo.

Ojalá fuese así, aunque temía que todo fuesen vanos sueños. Había pocas especies que aún no habían aniquilado. Quizás demasiadas no podrían resistir estos cambios y se extinguirán. Pero otras especies seguro que son fuertes y atrevidas y se abrirán paso. Florecerán y se esparcirán por el mundo, aumentando su población y adaptándose al entorno. Sufriendo reveses y avances para resistir nuevas envites de la naturaleza. Su suerte podría terminar en que una, al paso de miles o quizás millones de años, llegue a alcanzar la

inteligencia. Ya pasó una vez, ¿por qué no otra? ¿Por qué no miles de veces más? En el caso en que fuese remotamente posible era cuestión de tiempo que creasen tecnologías y una civilización próspera que se preguntase por su pasado e investigasen los restos fósiles. Para ese día seguro que sus huesos se habrían convertido en polvo y el desastre que habían hecho fuese totalmente eliminado. Quizás algunos restos óseos les llevase a la conclusión de que no han de repetir nuestros errores y avanzar por una senda diferente, una senda de paz y armonía con la naturaleza. Y que la fraternidad entre congéneres fuese la norma a seguir. Por favor, Dios, o dioses, que no repitan nuestro estrepitoso fracaso. Que la destrucción no sea connatural a la inteligencia. Observadores del futuro, ¡aprended!

Con estos pensamientos se durmió Harzak. Estas reflexiones calmaban su espíritu mientras su cuerpo protegía la planta de las inclemencias del tiempo. Su rictus se relajó. Estaba en paz consigo mismo. Ya no le quedaba por hacer nada en este mundo y se dejó ir. Fue así cómo murió el último dragón en la Tierra, mientras depositaba una esperanza en la próxima especie inteligente, esperanza de supervivencia de esta encarnada en el frágil y verdoso tallo de una flor.

Ecce homo¹

SEUDÓNIMO / LEÓN DE PASO

Dormía poco. Desde hace bastante tiempo dormía poco. Algunas horas por las noches, quizá las mismas que permanecía desvelado, y alguna hora durante el día si lo sorprendía la somnolencia mientras leía por la tarde, sobre todo luego del almuerzo.

Las noches sin sueños desencadenaban amaneceres complejamente lúcidos. Aparecía otra clase de lucidez distinta a la lucidez de la noche cuando dormía la casa entera, distinta a la lucidez de la tarde luego de la merienda. En esa lucidez matutina, entremezclada con la imposibilidad de abandonar por completo el sueño, se habían gestado muchas de sus interesantes ideas. Tal era la obsesión por esta cuestión, que había pasado varios años durmiendo con un cuadernillo al pie de la cama. Ni en la mesa de luz, ni sobre la cómoda. Al pie de la cama. Entre las pantuflas suffle color gris oscuro que le había obsequiado su madre. Allí quedaba el cuadernillo, a la espera de que, ni bien abriera los ojos, manoteara la lapicera que enganchaba en el espiral y escribiera arrebatadamente todo aquello que le viniera a la mente. A menudo, condensaba allí incoherencias que iban desde conceptos suma-

¹ *Ecce Homo* ("este es el hombre" o "he aquí el hombre" en castellano) es la traducción que en la Vulgata latina se dio al pasaje del Evangelio de Juan (19:5) que en el griego original es ἰδοὺ ὁ ἄνθρωπος (idoù ho ánthropos). Se trata de las palabras pronunciadas por Poncio Pilato, el gobernador romano de Judea, cuando presentó a Jesús de Nazaret ante la muchedumbre hostil a la que sometía el destino final del reo (puesto que él se lavaba las manos, eludía su responsabilidad - Mateo 27:24.

"Yo contradigo como jamás se ha contradicho y soy, a pesar de ello, la antítesis de un espíritu que dice no. Yo soy un alegre mensajero como no ha habido ningún otro, conozco tareas tan elevadas que hasta ahora faltaba el concepto para comprenderlas; sólo a partir de mí existen de nuevo esperanzas. A pesar de todo esto, yo soy también, necesariamente, el hombre de la fatalidad. Pues cuando la verdad entable lucha con la mentira de milenios tendremos conmociones, un espasmo de terremotos, un desplazamiento de montañas y valles como nunca se había soñado. El concepto de política queda entonces totalmente absorbido en una guerra de los espíritus, todas las formaciones de poder de la vieja sociedad saltan por el aire; todas ellas se basan en la mentira: habrá guerras como jamás las ha habido en la Tierra. Sólo a partir de mí existe en la Tierra la gran política. ¿Se quiere una fórmula de un destino como ése, que se hace hombre?" Friedrich Nietzsche, "Ecce homo": cómo se llega a ser lo que se es ("Wie man wird, was man ist", 1888), Editorial Lozada, Buenos Aires, 2004.

mente abstractos a sentencias meramente dogmáticas. A veces la caligrafía hacía imposible la posterior lectura de lo escrito. En general, lo que esbozaba, tenía que ver con lo que hubiera soñado, con lo que hubiera podido retener del sueño. Ni bien se concentraba en algún segmento para no dejar pasar detalle, se percataba de que olvidaba casi por completo todo lo demás que hubiera podido recordar de lo soñado.

Hacia un par de años que había abandonado la idea del cuadernillo, ya no lo dejaba allí antes de acostarse. Lo había decepcionado un poco su conclusión aficionada de que los sueños se trataban sólo de aquello que pasaba o pensaba durante el día. No había encontrado mucho más en sus imberbes estudios.

Últimamente dormía menos que nunca. Había abandonado por completo la posibilidad de establecer un horario para despertarse pero, generalmente, lo hacía un par de horas antes del mediodía.

Habitualmente, después de levantarse y desayunar sus tostadas integrales con miel, husmeaba por ahí.

Como quien desconociera su propia casa, miraba por los rincones en búsqueda de alguna identificación entre lo propio y el entorno al cual se sentía curiosamente ajeno. Deambulaba como un extraño sin invitación a sentarse o a pasar a su propia casa y reconocía, con cierta familiaridad, algunas cosas que ya tenía presentes en su inventario mental.

Las historias de búsqueda y reconocimiento eran atávicas.

Lo perseguía hacía tiempo esta historia del tiempo profundo, del tiempo de esta tierra universalizada y desconocida. Siempre lo había intrigado esta cuestión meta-biológica de ser consciente de la evolución. Por supuesto, una cosa era hablar de evolución en términos generales y otra era puntualizar, por caso, la evolución humana y la consciencia de la misma.

Luego de husmear, asomando las narices desde detrás de las aberturas de las puertas, como si espíase su propio hogar, marchaba directo al estudio donde podía pasarse el día entero saliendo solo para comer.

Acusado y reflexivo en torno a su propio hermetismo, había terminado por asumirse, dándole el gusto a otros, como un raro. Se había asumido como un raro y le sentaba bien esta asunción. Era él, definitivamente era él quien quería y podía pasarse el día metido en un cuartito ensombrecido leyendo, escribiendo o mirando por la rendija. Podía hacer muchas cosas, pero ninguna lo hacía sentirse más a gusto que ese encierro que conjugaba silencio

y oscuridad con el desafío de pensar.

Se sentía extraño dando vueltas por el resto de la casa, si se topaba con ella, seguramente pedía permiso para deambular. Su sitio era aquella habitación reclusa al fondo de la casa, plagada de libros y de un desorden propio que sólo podía alterarse acorde al devenir de sus lecturas.

Tenía entonces, de sí mismo, una perspectiva extraña. Su historia, la cotidiana era una historia “rara” y se parecía a aquella de los primeros artrópodos gigantes en un primer hogar conocido, su estudio, sus libros, su máquina. Allí era amo y señor del mundillo que le rodeaba y era allí, donde los extraños se movían como él ahora, allí los extraños se extrañaban.

La vida en general tenía estas cosas, sufría estos movimientos. El artrópodo que mandaba en el agua probaba suerte en la tierra firme y la atmósfera lo recibía prometiéndole prosperidad. Pero el acaecer incesante que no ofrece lógica alguna, alteraba el aire que respiraban esos monstruos inmensos que requerían grandes cantidades de oxígeno para seguir reinando. Algunos intuyeron posible un regreso al agua pero esta ya había sido tomada por sus anteriores víctimas que se habían vuelto victimarios. No podían regresar al agua, pero lo intentaron y, apenas pudieron caminar las orillas, fueron los primeros anfibios (otros que se aventuraban a la tierra) aquellos que los devoraron.

No había regresos posibles. Las elecciones y los instintos de supervivencia resultaban condenatorios. Estaban allí en una tierra en la que les costaba respirar y el oxígeno en el aire seguía disminuyendo. Mientras tanto, algunos anfibios rebeldes decidían que ya no iban a regresar al agua y se aventuraban tierra adentro. Estos últimos contaban con pulmones poco desarrollados por lo que las cantidades de oxígeno decrecientes no los afectaban en lo más mínimo.

El artrópodo, el primer gran rebelde, seguía asfixiándose y ya los nuevos nacidos no alcanzaban el tamaño de los viejos que morían. Necesitaban más aire y la tierra no lo proporcionaba, o lo proporcionaba pero no en las condiciones ideales. Querían volver al agua y temían extinguirse en las orillas. Cómo podía suceder que su coraza, la más dura, se rompiera con tanta más facilidad que las primeras pieles; cómo, el más grande de los rebeldes, se apocaba ante la insuficiencia del aire. Mientras otros, los segundos, los terceros y los últimos, crecían en las mismas condiciones que a ellos se les presentaban desfavorables.

Al cabo de un tiempo, la grandeza y osadía de los grandes artrópodos había desaparecido. De a poco habían ido decreciendo, naciendo seres más pequeños que no requirieran de tantísimo oxígeno para respirar. Era extraño, ahora eran víctimas en la tierra. Debían vivir en agujeros oscuros, ellos, quienes fueran los primeros en aventurarse a la luz. Debían huir de todos, porque todos, salvo otros artrópodos, eran más grandes que ellos.

El artrópodo salió a la tierra cuando dominaba los mares y dominó también la tierra. De repente, no podía dominar la tierra e intentó volver a los mares pero estos ya tenían suficientes dueños. Tenía que conformarse con extinguirse a si mismo, con ser artrópodo y comer-se a otros artrópodos porque el mundo, en sus dos versiones, le había quedado enorme.

Se parecía, entonces, bastante a esos invitados no-invitados, a esos intrusos, que debían mirar por doquier antes de dar si quiera un paso. Todo le era ajeno, aun lo etéreo, que lo había traicionado y lo había reducido a los agujeros oscuros donde se recluía. Desde donde miraba de reojo a cualquier intrépido visitante que sólo lo concebía como sustento pero que, sin embargo, no podría comérselo allí donde se resguardaba. Sólo podía cazarlo afuera, donde el universo se le había vuelto ajeno. Allí, en el escondrijo, se había tornado nuevo señor.

No pasaría mucho tiempo hasta que aparecieran los primeros roedores que lo perseguirían en la tierra y en los árboles. Si volaba, bastaban pequeñas aves para aniquilarlo. El mundo entero lo había tenido por protagonista y ahora lo enrolaba como alimento de las nuevas estrellas de la evolución.

En pos de no perecer, debía ser muchos, muchos e indiferenciados, debía ser plaga o perecer individualmente siendo uno, siendo *ecce* uno.

Origen desconocido

SEUDÓNIMO / ANDY

En las desconocidas profundidades de la Tierra, donde el humano aún no ha llegado excepto con la imaginación, existe una ciudad llamada Soma. La vida allí es simple; las casas son habitáculos tallados en la roca madre, la energía proviene del propio centro del planeta, el aire llega desde la superficie a través de múltiples conductos naturales y el agua fluye por amplios canales subterráneos. Sus habitantes son pacíficos, dueños de una milenaria sabiduría que van transmitiendo de generación en generación, en sus centros de enseñanza.

En uno de esos centros, un grupo de jóvenes se dispone a comenzar su entrenamiento diario.

La sala se iluminó con una suave luz de tinte amarillo. Una puerta de acero se abrió para dar paso a una fila de estudiantes que la atravesó silenciosamente. Vestían túnicas que los cubrían hasta las rodillas y caminaban descalzos sobre una mullida alfombra de material sintético. Se movían con suavidad, intercambiando atentas miradas entre sí. Cada uno ocupó su asiento frente a un ordenador de los veinte que había en la sala, dispuestos en semicírculo sobre una plataforma tallada en la roca.

Apenas tomaron asiento, una voz se escuchó a través de los auriculares ajustados a los oídos de los jóvenes.

—Bienvenidos a la clase de hoy, fase IV del entrenamiento, nivel II. ¿Alguna pregunta?

—Sí —dijo una alumna mientras pulsaba una tecla de su consola—. En el ejercicio de ayer... el de las coordenadas geográficas y los puntos de control ¿había un error en la formulación?

—¡Bien Carsi! —exclamó la voz—. Fue intencional, para ver quién era capaz de descubrirlo ¿Cómo te diste cuenta? Explicanos.

— Pues... sucede que la relación entre el sistema de coordenadas de la imagen y el de la realidad, es una regresión lineal múltiple donde los coeficientes de regresión, las variables independientes y las variables dependientes estaban invertidas, por lo que el problema no tenía solución posible.

—Excelente deducción. Anota un punto en tu lista de aciertos. ¿Alguien

desea comentar algo antes de empezar? — preguntó nuevamente la voz.

—Sí —dijo un niño—. Anoche tuve un sueño extraño y me dio mucho miedo. Soñé que... —todos disimularon una sonrisa.

—Beni —reconvino la voz suavemente—. Este no es lugar para hacer ese tipo de comentarios, lo sabes muy bien. Cuando hayamos terminado la clase, en el tiempo de descanso, podrás compartir tus preocupaciones personales con tus compañeros. El tiempo de entrenamiento es muy valioso para desperdiciarlo tratando otros temas. Gracias por entender. Comencemos. Todos prestaron inmediata atención a una pantalla donde se descargaba el programa del día, consistente en lecturas para debatir, textos para recordar, gráficos para analizar, obras de arte para contemplar y ejercicios de física y matemática para resolver.

—El tema de hoy —continuó la voz en tono uniforme—, se refiere al funcionamiento del sistema de tratamiento de residuos energéticos de nuestra comunidad. Sugiero que lean las explicaciones que he escrito para ustedes, analicen los planos de todos los sectores y luego debatiremos las preguntas que tengan para hacer.

—¿Podré preguntar sobre mi sueño? —interrumpió Beni ante el asombro de sus compañeros, que conocían la rígida disciplina que se debía respetar y se sorprendieron por la insistencia del niño.

—Beni... las reglas —respondió la voz—. No olvides lo importante que son las reglas para el buen funcionamiento del grupo, de la familia, de toda la comunidad.

Beni era el menor del grupo. Tenía apenas seis años pero su brillante inteligencia, detectada en los test de control, hizo que formara parte de ese grupo de estudiantes cuyas edades oscilaban entre los doce y quince años. Su frescura y espontaneidad le habían ganado un lugar privilegiado en el grupo; todos trataban de protegerlo y ayudarlo en las actividades. Por eso Kani, el mayor del equipo, le hizo un gesto de silencio con la mano al tiempo que le guiñaba un ojo. Beni comprendió, se concentró en su pantalla y calló, prudentemente.

Comenzaron a resolver los ejercicios, totalmente concentrados, en silencio. Una hora después, la voz habló nuevamente por el parlante.

—¿Dudas? ¿Preguntas?

—Master, tengo una pregunta —dijo una de las niñas mientras señalaba en su pantalla la imagen del plano de la ciudad—. Nuestros desechos son

conducidos por estos canales a un Centro de procesamiento donde se le aplican técnicas de preso... pre...

—Presurización.

—Sí... bien, gracias. Decía que este plano muestra que desde el Centro de Presurización parten cuatro conductos que llevan el producto final hacia otro lugar, hacia la superficie... ¿A dónde va esta sustancia?

—¡Buena pregunta Leide! Paso a explicar: con todos los desechos orgánicos e inorgánicos, más los residuos de toda la energía que usamos, formamos una masa compacta y espesa. Esta sustancia, como tú la llamas, es conducida hacia unos depósitos de piedra en los que se deposita formando inmensos estanques que descansan sobre nuestras ciudades subterráneas.

—Ah... ¿Y no existe peligro de derrame, filtraciones, desborde?

—No, jovencita. Esos depósitos están a cientos de kilómetros hacia la superficie, muy lejos de nuestro mundo y pueden permanecer inalterables durante siglos. Allí se guarda el contenido hasta que... empieza a ser vaciado.

—¿Vaciado? ¿Por quién? —preguntó Kani sorprendido.

—Para responder a esa pregunta les mostraré imágenes tomadas por nuestras cámaras, donde se ve el proceso completo.

Una pantalla central se encendió y de inmediato aparecieron las imágenes. Se vio el recorrido ascendente de inmensas tuberías que subían a los depósitos. Allí, el líquido oscuro, viscoso y maloliente de los desechos, formaba verdaderos ríos aprisionados en cámaras de piedra natural, sobre la capa calcárea inferior del planeta.

De pronto, un temblor sacudió levemente la sala y se vio en la pantalla un enorme trepanador metálico que perforaba la roca superior de una de las cámaras y desaparecía nuevamente hacia arriba, mientras el líquido comenzaba a subir por el hueco que se había producido.

—¡Eso! ¡Eso vi en mi sueño! —gritó Beni descontrolado, señalando la pantalla —¡Esa oruga gigante rompía el techo de nuestra ciudad y se metía en mi casa! ¡Y el agua negra se caía sobre nosotros!... ¡Todo se derrumbaba, salíamos corriendo y... mis padres...no los veía...! Yo... ¡Yo soñé con eso!

Un murmullo generalizado surcó la sala; desconcertados, los compañeros miraron a Beni, dudando de la posibilidad de que ese sueño tuviese alguna base real. La explicación de Master no se hizo esperar.

—Beni, chiquillo...ten calma, por favor. Ese artefacto no es una oruga gigante, es sólo un antiguo mecanismo que usan los seres humanos de la

superficie para extraer el residuo desde nuestras cámaras. Pero eso no puede dañarnos. La capa de roca que sostiene esos depósitos es muy fuerte; se llama manto; nosotros estamos ubicados en la zona inferior, en lo que se llama Capa D´´.

En cuanto a los humanos, ellos no saben que existimos aquí, casi en el centro del planeta. Ellos creen que ese líquido que extraen es un residuo fósil formado hace millones de años; desconocen su verdadero origen; no saben que nosotros lo producimos y lo almacenamos en miles de Rocas Sello que están diseminadas por todo el planeta. Cuando son vaciadas y abandonadas, llenamos otras; así de simple. Por eso los humanos se asombran cuando calculan que el líquido se está por agotar y luego descubren nuevos depósitos en los lugares más insospechados. Nunca sabrán la verdad; al menos hasta que evolucione su forma de pensar. De todos modos, enviaremos un equipo de especialistas a revisar la seguridad de nuestros depósitos de Rocas Sello ¿Estás más tranquilo ahora?

Beni enjugó sus lágrimas y ensayó una tímida sonrisa mientras Laide y Kani le despeinaban los cabellos.

—¡Menudo susto nos diste! Esta noche al acostarte... haznos un favor ¡Trata sólo de dormir! No sueñes... jaaja.

—Bien —dijo Master— el entrenamiento ha terminado por hoy. Pueden marcharse. Muchas gracias por su presencia.

Los jóvenes guardaron sus pertenencias en las alforjas y comenzaron a retirarse en el mismo orden con que habían llegado, mientras la iluminación de la sala y las pantallas se iban apagando de a una. Beni fue el último en salir. Antes de atravesar la puerta, se volvió unos pasos y, escudriñando en la oscuridad, preguntó.

—Master... ¿Aún estás aquí?

—Sí Beni ¿Qué deseas?

—Sólo... sólo una pregunta más, por favor.

—Te escucho.

—Esos seres... los humanos que se llevan el líquido de nuestros desechos... ¿Para qué lo usan?

—Ah, chiquillo... es una pregunta breve con una respuesta muy extensa. Esos seres le dan muchos usos a nuestro residuo; su mundo se mueve basado en la energía que extraen de él. Lo usan principalmente como combustible para sus medios de transporte, pero también para producir gas,

polietileno, ceras, detergentes, pinturas, asfalto, polímeros... El problema que les genera el uso de nuestro residuo es que no logran controlar la contaminación que éste y sus productos generan en el ambiente donde ellos viven: la superficie. Algún día estudiaremos el extraño comportamiento de esos seres que usan nuestro líquido de desperdicios. Por ahora sólo te diré que lo llaman... petróleo.

Complot entre hermanas

SEUDÓNIMO / ADINA

El planeta vibro gritando con ferocidad; y en el triste ocaso de los subsiguientes días oscuros, alborotados por llantos y sin clemencia por parte de la naturaleza por los cataclismos y catástrofes, no acepto las condolencias de sus vecinos interiores Marte, Venus y Mercurio, y satíricamente las risas burlonas que provenían mas allá del cinturón de asteroides, de los inconmensurables jovianos Júpiter y Saturno desencajaban al sistema solar en ambivalencias inusitadas.

La atmósfera y sus capas se trabaron en un gran combate, la añeja troposfera y la mas cercana a la superficie terrestre, se encapricho en sus deseos de usurpar el lugar de exosfera dónde el helio y el hidrogeno van de los 2500•c a los -273•c reemplazando al oxigeno y el hidrogeno y la pequeña proporción de vapor de agua, convirtiendo al clima en desfavorable para la supervivencia, fundiendo a la vida durante el día, y helándola por las noches.

Empecinadas las restantes continuaron disputándose en la contienda su zona, y con altanería se intercambiaron mutuamente del sitio que ocupaban desde sus orígenes.

Coqueteando la estratosfera dialogó con su cuarta hermana termosfera para invertir su posición; pero el ozono que protegía a la Tierra de los excesivos rayos ultravioleta procedentes del Sol mutaría a la temperatura en inhóspita haciendo fenecer con sus llamaradas frenéticas; incinerando a la humanidad.

Y entre tanta pelea la mesosfera se mantuvo inalterable ante la situación que se planteaba; sin poder tomar ningún tipo de decisión.

Con desacostumbrada fijeza inicio un paro de actividades evitando la destrucción de los meteoritos que alcanzaban a la masa terrícola y desde lejos nos observarían como un imponente queso agujereado.

Y su sobrina ionosfera la acompaño sustentando con su patrocinio la interrupción de las tareas, y las moléculas sin lograr cargarse eléctricamente enloquecían a las transmisiones radiales y de TV ocasionando perturbaciones en las comunicaciones.

Y el aire se contraía volviéndose denso y frío beneficiando la formación de

zonas de alta presión las atrevidas anticiclónicas.

A medida que se intensificaba la superposición de las capas sin importarle la desdicha ajena aumentaba la irresponsabilidad de la presión atmosférica que desinteresada de todo, solo anhelaba cumplir con los designios atormentados de sus hijas; que sumergían al planeta activamente en el infortunio de un fin inesperado.

Y mamá presión atmosférica consulto asesoramiento con letrados jurídicos a fin de resolver la problemática endógena de su familia a la doctora Masa sobre la tertulia desenfrenada de su primogénita vástaga troposfera que fue la desencadenante en el derrumbe del equilibrio hasta ahora estable; conservando así el estado óptimo para que no se degrade él mismo.

Quién buscaba encumbrarse hacia lo alto; en un odio férreo y oculto a su hermana menor exosfera que sobresalía con apoteósica fama a 800Km fuera de su casa, y su desmedida ambición genero aún más significativos colapsos y gemidos de dolor y lamento que se alzaban en el planeta Tierra.

La doctora Gravedad fue presentada como abogado defensor de las 5 hermanas que hastiadas de la rigidez de la conducta de su madre; que impartía a través de directivas irrestrictas, y que con obsecuencia debían obedecer se sintieron humilladas y maltratadas; por ende se sublevaron afianzando una unión entre ellas con el fin de imponerse y negarse a caer en el descrédito que la juzgaba de inconscientes; sin que pudieran entender en sus impulsos incontrolables sus fases mentales confusas.

Y en esta sinapsis frente al Gran Capitolio dónde se encontraba el Alto Tribunal, máximo ejecutor de la ley en su carácter imperativo-atributivo se discutieron las demandas presentadas por ambas partes, en los incumplimientos de los derechos y deberes que sustentaban las funciones cotidianas a realizar.

Abriéndose la puerta y con su extensa capa que generosamente cubría su exultante figura aparecía el Juez el Dr.Núcleo, y con su martillo golpeando con exagerada disfunción sobre el escritorio; el debate se inicio.

La Dra. Masa presento como testigos a los señores Peso que enojado por que la fuerza de atracción sobre los cuerpos en el suelo se evaporaba y evadía, haciendo flotar por el cielo a los hombres entre nubes asustadizas, y otras disritmias estelares que se alegraban de la nueva presencia.

El señor Volumen preocupado por el espacio que ya no seria comprendido por los objetos y seres vivientes en su magnitud física; razonablemente y

sin despecho definió esta pérdida en la cantidad de material que contenía ese espacio; que desaparecía en incongruentes columnas de energía.

Y ante semejante perjurio y con las testificaciones brindadas condeno a 100.000.000 de años a las hermanas para que se delimitaran específicamente al lugar dónde tendrían que estar.

Pero la Dra. Gravedad presento un recurso de amparo solicitando la reducción de la pena a la mitad amparada y protegida por los derechos humanos que ofrecían el resguardo ético del libre albedrío del ser.

Sacerdotes indignados y a Iglesia exaltando su aversión a estos antagonismos indecentes se opusieron con su doctrina paternalista y omnipotente representando a la autoridad divina.

Los medios periodísticos recrudecieron el panorama que por los pasillos ventilaban el juicio y a pesar del silencio que en el recinto cerrado era inmutable se escapaban los comentarios.

El Dr.Núcleo llamo a su colega el Dr. Manto y con precocidad se retiraron unos instantes a una sala contigua a parlotear sobre el caso.

El Dr.Manto era un legislador que recién se inauguraba en las lides judiciales, pero de atractiva trayectoria como estudiante becario y sus allegados compañeros “los rocosos”; algunos eran parte del Jurado; respaldarían sabiamente y con beneplácito el veredicto que fijaría la sentencia.

Y otra vez con el advenimiento a la Sala de Audiencias del Sr. Juez quien custodiado a sus espaldas por el Dr.Manto prosiguió la sesión.

Se labro acta con los secretarios Hierro y Níquel firmándose el acuerdo en 5 ejemplares de un mismo tenor en 75.000.000 de años y que cada capa no se sustrajera del orden establecido y de su labor diaria.

Neófitos de los distintos fenómenos metereológicos que abrumaban ocasionalmente con sus efectos destructivos y amenazantes se vieron envueltos en las desventajas y los posibles beneficios del dictamen; y sin saber que hacer manifestaron su desagrado y hostilidad con el prólogo de otros incidentes, en terremotos y maremotos desconcertando en grado máximo el caos que se avecinaba y su disgusto se vería satisfecho.

Discretamente en un banco desolado sin intermediarios a la vista; Doña Corteza con su estima muy baja por ser pisoteada constantemente por sus súbditos y sin arbitrio; suspiraba sin desengaños y sin orgullo pues acatando la misión que se le encomendaba no estaría afectada en lo mínimo; por ello sonrió acabadamente.

Y el caso fue caratulado como el “COMLOT ENTRE HERMANAS”; y distinguido a lo largo de la historia como único y exclusivo. Unas hierbas verdes nacidas a la vera del edificio brillaron con excesivo esplendor y volvería todo a estar como en antaño.

Marianela, y sus sueños

SEUDÓNIMO / BELLA

Marianela inquieta y aventurera, con su mochila a cuestas y las medias caídas rebosantes de pliegues, se tomó un tiempo apoltronada en su sillón para recapacitar sobre nuestro amado planeta que estaba llorando de lamento, prendió su PC comenzando a leer las noticias; que a borbotones sobresalían encandilando con su generoso atrevimiento, y un titular mencionaba que en un pequeño poblado a orillas del mar; en ese lugar 1300 seres sobrevivían de una cultura pesquera, alegres y mansos, y cada anochecer les traía la dicha del sustento diario, un incipiente huracán despertaba con todas sus fauces desde el fondo del abismo para castigarlos.

Entre sus recuerdos no se percataba, como llegó a averiguar sobre los orígenes del vocablo maya hurakan, donde un Dios creador esparció su aliento sobre las caóticas aguas del inicio originando a La Tierra.

Tomó un libro de su extensa biblioteca en el cuál un viejo atlas ilustraba significativamente las zonas más proclives a los torbellinos de ventiscas, lluvias y marejadas que intensamente causaban efectos severos y destructivos. Y bautizó al huracán como Pedro en honor al santo de los pescadores.

Siguió leyendo con mucha parsimonia y atención: Otro titular anunciaba que en las proximidades de un cordón rocoso, de montañas escarpadas y riscos sinuosos, un centro turístico de fastuosos hoteles y mansiones lujosas, albergaba con algarabía a viajeros entretenidos y ociosos, explotó un gran temblor sísmico que reajustó la corteza terrestre debido a los movimientos de grandes fragmentos; provocando la caída de las construcciones, incendios de las viviendas y avalanchas, y el pánico cundió resquebrajando la alegría.

A este decidió llamarlo Carlos Francisco por la famosa y reconocida escala de Richter que llevaría su identidad.

Turbada se durmió sobre el sofá en una vigilia que desde su interior la descontrolaba; y los grandes brazos la cobijaron en un retórico abrazo.

Soñó con un gran maremoto y gritando para ser socorrida se ahogaba, suspendida por un soplo de viento ante una gran ola que la iba a devorar, se despabiló abruptamente jadeando y miró hacia el exterior desde su venta-

na, y solo encontró su casa erigida y en pie.

No le pudo dar ningún nombre, solo atino a nombrarlo anónimo.

Frente a su hogar un árbol evocaba el silencio nocturno; y sus tiernas ramas golpeteaban el vidrio en un llamado secreto, y las hojas que recién nacían mostraban que nuestra Tierra palpataba desde sus mismas entrañas volviendo a resurgir.

Y en un acuerdo de confidencialidad los despidió a los tres amigos incondicionales Pedro, Carlos Francisco y Anónimo; que sin dignidad se escabulleron para no regresar.

A su pesar, y con grave insistencia volvió a soñar premonitoriamente que parte de la población con sus vastos recursos económicos se concentraban en las ciudades utilizando la presión que ejercía el agua a 2500 metros de profundidad proporcionándoles la energía hidráulica de manera suficiente para su abastecimiento; y comenzando a alimentarse de lo que rescataban de los océanos y con los avances tecnológicos lograron condiciones artificiales bajo la superficie terrestre guarecidos bajo inmensas cúpulas parabólicas de las cuáles a través de conductos y por intermedio de tuberías que salían al vacío externo eliminaban la contaminación existente.

Mientras la población de insuficientes recursos eran confinados fuera de las monumentales urbes concentrándose al amparo de las cordilleras cercanas a los trópicos; ya que en el resto de las planicies hacía mucho frío y las temperaturas bajaban hasta los -20° ; se alojaron en cavernas para resguardarse de las inclemencias del tiempo, encontrando pinturas rupestres grabadas en las piedras, recreando epopeyas antiguas con las hazañas y hechos memorables de grupos étnicos, y en su memoria se iluminaron con fogatas alumbrando a sus cuerpos que se entibiaron con el calor que emanaban las incineraciones, y de dedicaron a cazar algunos roedores y aves migratorias para satisfacer sus necesidades alimentarias.

Tanto que su sueño actual armonizaba coordinándose con el primer siniestro ocurrido en el pueblo costero, y el segundo con el cataclismo sucedido en el centro turístico.

Al día siguiente a las 9 Hs se levantó extenuada, y sin poder argumentar nada tomó con desgano su taza de café con leche con 2 medialunas de sabor acre, y despectivamente saludo a Tony, su mascota, tratando de ubicarse nuevamente en el tiempo y espacio que le tocaba vivir, y sin zozobra descarto la posibilidad de prender su computadora por temor a enfren-

tarse a otras realidades que tal vez podrían estar ocurriendo en otros sitios distantes, y vinculados a serias catástrofes.

Las calles estaban pulcras y las veredas secas, sin el menor rastro ni vestigios de agua, que entorpecieran la rutina cotidiana de las labores, los ómnibus carreteaban con habitualidad, y las madres con sus pequeños niños lidiando para que entren a la escuela, 2 señoras algo regordetas charlando animadamente de los entretelones del barrio, aceptando del canillita la entrega del diario con sumo agrado, y expansivamente siguieron parlotando. Marianela caminó las siete cuadras que la separaban de su colegio, algo pensativa y distraída en su andar y observó de soslayo el cielo captando una abertura infinitesimal en nuestro escudo protector que actuaba como filtro permitiendo el paso de radiaciones nocivas y de alta energía con peligrosidad para los seres vivos.

Y sospechando con sus pocos conocimientos e incertidumbre vinculo este suceso a una diminuta expansión en el agujero de la capa de ozono.

No podía entrever lo que pasaba; ni los riesgos que se atribuían a estas advertencias que aumentaban su preocupación en forma proporcional a su desconcierto; y con una ecología equilibrada se podían esquivar.

A las 14 Hs regreso de sus estudios, y en estado de introspección de sus pensamientos deslizo su guardapolvo por el piso, y su madre expectante ante las actitudes de su hija evito hablarle.

Y con el cansancio de horas fingidas sin alteración, tropezó con doña masa levando su cuerpo cercano al cielorraso pues su oponente la señora gravedad repelía la fuerza de atracción de su peso librándola al azar, rebotando por esquinas, y con las distintas arañas, mientras capturaba con su mano izquierda el cable de su tv volviéndolo a fijar.

Tony espantado corría ladrando desesperado de un lado a otro y su cola vibraba de los saltos que pegaba en el aire tratando de ayudar a su ama, y en forma irreflexiva la mamá se prendió de una tabla de su pollera que pendía en punta, y sosteniéndola con gran vigor a la muchacha, que cayó estrepitosamente al suelo en una descabellada caída donde Tony beso a Marianela con su hocico en un gesto unánime de aprobación.

Decidida su progenitora no encontraba razonabilidad en los actos o sentimientos de su vastaga, por ende entablo un profundo dialogo con las autoridades del establecimiento donde Marianela se instruía, siendo derivada al profesor de Geografía Mundial del tercer ciclo.

Y con respeto y solemnidad escondidos entre las paredes del recinto, en un aula inhóspita hablaron larga y detalladamente, con el auspicio del Secretario del Director, que a su vez era estudiante del cuarto año en la Licenciatura en Psicología.

Con la encrucijada latente del enigma que planteaba este dilema de tantas variables aleatorias y alegóricas consultaron a otros asesores en parapsicología; y a doctores en neuromedicina; y sin poder encuadrar en que ámbito ser analizada y tratada en sus disfunciones emocionales en la bifurcación del limbo de la desesperanza y la conquista del afecto.

Y la prensa mediática enterada con sus cámaras prontas a reportearla se amontonaban frente a la clínica, y en corto tiempo llegó al estrellato y a la cúspide de la tontería de las revistas de chismes que se vanagloriaban de las últimas primicias; y sus fans la aclamaron proclamando en el facebook como “MARIANELA LA AGORERA”

El colapso de los dioses

SEUDÓNIMO / SHWEIK

—*Algo sucede con el agua, en el río* —dicen los chicos—, *pero no sabemos qué pasa. Está más limpia, más clara* —aseguran. Y cuando todos —también los viejos—, vamos hasta la costa, comprobamos que sí, que el río se ve distinto, más fluido y transparente; que si uno levanta agua con las manos no ensucia la piel y no está turbia de aceites ni de petróleo, ni de restos podridos de pescado que arrojan a diario las fábricas de conservas.

Durante tantos años se escuchó a los viejos explicar todos los sucesos, que ahora mueve a risa verlos así, confundidos, elevando los hombros y las cejas, evidenciando que hoy su sabiduría no les alcanza, cosa que, por supuesto, nos preocupa. Pero de todos modos nos alegramos y celebramos con vino, canciones y danzas.

—*¡Oigan... oigan!* —reclama algunos días más tarde uno de los ancianos, ciego de los ojos—. *No, no es tormenta, es que no se oyen las sierras* —aclaró, haciéndonos caer en la cuenta de lo fuerte que se escuchan la brisa entre las hojas de los árboles y el chillar de pájaros y monos.

Recién ahí percibimos que el zumbido eterno de días y noches, de años y décadas, que de tan constante ya nadie advertía y que traían los vientos desde cualquier punto cardinal; el hosco bramido de los obrajes donde se triza en un minuto árboles de un siglo, subyugando la madera para comodidades y frivolidades, había cesado.

Después nos damos con que tampoco hay energía eléctrica, por lo que apelamos a nuestros leños para iluminarnos, con lo que se espanta el bicherío y el ambiente vuelve a oler como debe ser; y nada decimos cuando las viejas comienzan a desfilar hacia el dispensario para ver allí la telenovela de todas las noches; nos divierte verlas regresar parlotando enfurruñadas porque, claro, tampoco funciona el televisor.

A falta del médico —que nunca vino—, la sala se usó para que el maestro diera allí sus clases a chicos y grandes. Pero también él dejó de venir luego de tantos meses sin recibir cuadernos, lápices, mapas, ni tizas siquiera, y de compartir nuestras miserias, ya que desde la Capital jamás le enviaron sus sueldos, por lo que el dispensario es ahora sólo un depósito.

Allí estuvo arrumbado mucho tiempo el televisor que nos donaron, y sólo

comenzó a funcionar hace ya un año, cuando vinieron algunos ministros a traernos las computadoras y hacer un acto de inauguración; pero se encontraron con que no llegaba hasta aquí el tendido eléctrico, por lo que, muy ofuscados, se volvieron a la ciudad.

Luego, no sabemos cómo, a la semana siguiente ya estaba el poste con el cable de la electricidad en la puerta del dispensario, y entonces sí se pudieron inaugurar los equipos de computación. Sonriendo y hablando hasta por los codos, los ministros cortaron las cintas y los periodistas que les acompañaban los filmaron, les sacaron fotos con medio mundo y no preguntaron nada inconveniente.

Finalmente, puesto que nadie sabe aquí cómo se usan ni para qué, las computadoras volvieron a sus cajas y sobre ellas se sientan ahora las viejas a tejer y a ver sus telenovelas.

Los hombres nos reunimos luego con los viejos para conocer su opinión sobre lo que está ocurriendo con el agua, con los aserraderos y con la electricidad, y hay coincidencias en que algunos de nosotros deberíamos ir hasta la ciudad a buscar información.

Eso es lo que intentamos a la mañana siguiente, y no se entiende cómo es que estuvimos tantas horas esperando en la ruta sin ver un ómnibus, un camión o un auto, amén de encontrar todo como abandonado, rotos los pavimentos y yuyos creciendo en las grietas.

—*Vayan por el río*—resuelven los ancianos, y esa misma tarde partimos en dos canoas, siguiendo hacia el sur el curso de las aguas.

Nos detenemos a preguntar en otros rancheríos costeros, pero nadie sabe nada, y los hombres de otras reservas, muy intrigados también, se nos agregan en sus piraguas rumbo a la ciudad.

Un gesto de preocupación anima todas las caras, pues ninguno de nosotros considera esta incursión como un paseo.

No nos gusta ir a las ciudades porque no se está bien ahí; su sola existencia ha modificado todo. El agua que beben no es agua, ni es aire lo que respiran; el sol enferma la piel y las noches no tienen estrellas.

El silencio en las ciudades es un ronco tronar que no cesa nunca, pero sus habitantes no lo oyen, o tal vez no les importe.

Trabajar es un castigo que aceptan resignados, y que sólo les da dinero para comprar cosas que los aíslan cada vez más del resto.

Sus dioses son malos y tristes, y les infunden miedos que los angustian des-

de la cuna hasta la tumba.

Además, nunca nos trataron bien ahí. Siempre fuimos mirados como seres en quienes no se podía confiar. Salvajes, intrusos sin historia, con hábitos, arte y cultura despreciables.

Por eso, a pesar de las carencias, de las enfermedades y del incierto futuro, preferimos los pequeños lugares a donde hemos sido confinados, en los bordes, en las fronteras, donde no se nos vea.

—*Rosario* —señala un hermano de otra canoa, luego de algunas horas de silenciosa travesía, y a la luz de la luna podemos distinguir su perfil de imponente urbe, pero ningún movimiento, ni ruidos, ni luces.

El amanecer nos encuentra llegando a Zárate y al descomunal puente que desde allí cruza el río, como una quilométrica guirnalda de cemento y acero, vacío y silencioso ahora.

No se ven barcos en los puertos, llamas en las bocas de las chimeneas de las refinerías, ni percibimos el color ni el olor de los residuos de petróleo que aquí se vierten por toneladas en el agua; tampoco vemos a nadie que transite por el manojito de autopistas.

El río parece hervir por una insospechada abundancia de peces, y las costas se ven invadidas de patos y pelícanos, de garzas y flamencos.

Vemos también ranas, ratones, lagartijas y zorros, bichos que habían desaparecido cuando los aviones comenzaron a volar bajito una y otra vez sobre los sembradíos, envolviéndolo todo con sus humos venenosos.

Hacemos un alto para que dos jóvenes de nuestra canoa bajen a la ribera, a ver qué sucede con un caballo que relincha furibundo y da coces, golpeándose a sí mismo con los tirantes del carro al que se halla sujeto. Los muchachos palmean y le hablan al animal, que se calma de inmediato.

—*Hace muchas horas que está solo* —dicen, advirtiéndolo que el caballo tiene lastimados los garrones de tanto golpearse contra las maderas. Sin agregar palabras, desatan los arreos que lo mantienen prisionero y le quitan el freno.

Sintiéndose libre, el animal da unos pasos dubitativos, luego se yergue sobre sus patas traseras al tiempo que relincha, y emprende una eufórica carrera por el borde del río promoviendo una estampida de flamencos y garzas.

Retomamos nuestro rumbo conmovidos por la imagen de ese caballo que festeja de semejante manera, seguramente intuyendo que junto con su li-

bertad, ha recuperado también sus llanuras, sus pastos tiernos, sus bañados, sus horizontes.

Cerca del mediodía estamos ya próximos a Buenos Aires, a la que podemos ver con nitidez, sin los humos ni las brumas que siempre la embozan.

No hay botes, veleros, ni pescadores en la costanera, y tal como ocurrió en Rosario, no vemos trenes, ómnibus, aviones sobrevolando el Aeroparque, autos, gentes, ni ningún otro signo de vida.

Por el contrario, si bien el agua se ve limpia y aquí también se percibe la presencia de peces, está llena de cosas que flotan, papeles, trapos, mesas, sillas, tablones; como luego de un naufragio.

Tras desembarcar en el puerto, tratamos de imaginar qué tipo de catástrofe pudo haber ocurrido, pero no hallamos indicios de nada. No hay muertos ni heridos, ni destrucción alguna que puedan sugerir una peste, una guerra o un terremoto. No vemos edificios derrumbados ni quemados. Están, sí, todas las puertas y ventanas abiertas, y en las calles se encuentran abandonadas cantidades de cosas tales como paquetes, cartones, colchones, ropas, muebles y vehículos.

Hay una sola e insólita conclusión: No hay nadie. Por algún motivo se fueron todos. Pero, ¿a dónde? ¿Y por qué?

Los enormes edificios vidriados que relucían como soles están ahora oscuros, lúgubres; apagados los carteles luminosos de publicidad de los bancos, de las aseguradoras, de las empresas petroleras y de las automotrices. Silenciosas y desiertas las autopistas y las avenidas. Mudas las campanas de los templos.

Sólo eso podremos explicar a los nuestros, y que el único signo de vida que hallamos fueron los árboles con brotes y flores, y gran cantidad de pájaros alborotando y anidando por toda la ciudad.

Nos miramos sin hablar.

En todos los rostros se percibe claramente la emoción que nos domina. Sentimos restañarse nuestras lastimaduras y que, liberados de nuestros propios bocados y arreos, estamos prontos para comenzar a correr en busca de reencontrar nuestras pampas, nuestras montañas y ríos, nuestros cielos y sueños, tantos siglos uncidos a ese carro de hierro que -en mala hora-, alguna vez llegó para quedarse.

Al caer la tarde y antes de volver a nuestras canoas, nos sentamos en el malecón a deliberar.

Con el sol poniéndose tras la mole de edificios, alcanzamos a divisar en un extremo del muelle un viejo navío en el que parece haber alguien.

Es un antiguo barco de madera —algo más que un galeón o una carabela—, que cruje y rechina con el movimiento del agua. En la pasarela que sube a bordo vemos un hombre que, doblado en dos, forcejea empujando lo que parece ser una enorme jaula envuelta en tejido metálico, que luce un cartel en su costado y que, desde aquí, no logramos leer.

A nuestro grito el hombre se vuelve con ojos iracundos y advertimos que no es que se doble por el esfuerzo, sino que es renco y tiene una enorme joroba. De todas maneras no nos contesta y retoma sus hercúleos tironeos.

Al acercarnos más logramos ver que son varias las jaulas que ya ha subido a cubierta, y los carteles que tienen adosados rezan: “Hematófagos”, “Pulgas”, “Mosquitos”, “Quirópteros”, “Vinchucas”, “Sanguijuelas”, “Murciélagos” y alcanzamos a leer “Garrapatas” en la que está empujando.

Súbitamente se abre la portezuela de la sala del timonel y por ella emerge un hombre alto, muy delgado y pálido, de cabello canoso y largo hasta los hombros, tocado con una capa negra que le cubre por completo.

Sobre la desvaída piel resaltan enormes sus ojeras y su boca está curvada hacia abajo.

Demora algunos segundos en sobreponerse a la sorpresa de vernos.

—*¿Que qué pasa? ¿Que a dónde se fueron todos?*— repite nuestras preguntas, y observando que el jorobado nos está mirando, vocifera: —*¡Dale con esas mascotas, carajo, que se nos viene la noche!*— y haciendo caso omiso del ademán de fastidio y la puteada que le dispara su deforme estibador, vuelve a encararse con nosotros.

—*¡Pasa que se fueron! ¡Que se volvieron por donde vinieron! ¡Se rajaron!*— enfatiza con voz desencajada que flaquea y se entrecorta con sollozos—. *Parrecían inagotables las venas abiertas de esta América latina, pero se afanaron todo. Aquí no queda nada. ¡Nada de nada!*— reflexiona amargamente—. *Y menos para nosotros...*— tartajea con voz muy baja, y permanece largos instantes con los ojos cerrados y respirando profundamente.

—*¡Todos a bordo!*— brama de repente, y dirigiéndose a su único marinero, ordena—: *¡Suelten amarras! ¡Leven anclas!*, mientras que con ademán subrepticio saca de entre los pliegues de su capa un pequeño envoltorio que abre amorosamente, y que nos deja sin aliento al ver que contiene una morcilla. La huele con ternura y la mordisquea apenas, tras lo cual la en-

vuelve nuevamente y la guarda bajo su negra túnica.

A pesar de la escasa luz, cuando abre su boca podemos ver que un enorme par de colmillos centellea en la penumbra.

Luego, sofocando un gemido, mueve la cabeza mirándonos con infinita tristeza, al tiempo que se introduce por una escotilla y la cierra con estrépito.

Un fantástico sol de medianoche

SEUDÓNIMO / NOVAFROSES

Paulatinamente el dolor fue transformándola en un corazón indómito. Su incapacidad para reconocer a otros como cercanos, y esa perenne sensación de haber perdido el único e irrepetible hogar, perturbaban su desértica alma desde hacía tiempo.

El refugio lo encontraba en el licor. Si, ya le habían advertido los riesgos, sobre todo que era un vicio peligroso, pero a ese punto de desesperación, la muerte ya no parecía un motivo de preocupación. Su preocupación más urgente, pasaba por frenar de alguna manera la fuerza con que una combinación letal de ausencia y recuerdos le sucionaban vida, a un modo demasiado veloz.

Mientras tanto la apatía que la embargaba amenazaba con un deceso emocional, que se profundizaba a medida que el licor adormecía el dolor de las recaídas. No había forma alguna de borrar marcas tan profundas como los aquellos recuerdos, o llenar el inconmensurable vacío de la ausencia del ser amado.

Hacían ya casi más de tres años que Yule Laine, quien había sido el único capaz de mostrarle el verdadero significado del amor, se había perdido entre las plateadas olas del Mar Noruego. El más débil hálito del pasado aún era capaz de encender su corazón, animándolo a bombear chispazos de energía y esperanzas a través del velo de la nostalgia, cuando al cerrar los ojos la fuerza del amor evocaba su rostro, y sus labios fieles susurraban el nombre de "Yule", adornados por la belleza cristalina de una lágrima.

La lucha por la supervivencia era cada vez más feroz a medida iba corriendo el tiempo que no traía noticias, y era peligroso revivir cualquier rememoración de carga afectuosa, porque actuaban como una especie de arma de doble filo: A medida que se dejaba brotar con fuerza los recuerdos y volvía a florecer el amor por Yule con todo brío, adornaba y perfumaba el alma, pero a la vez la perforaban cada vez más profundo sus espinas.

Tanto Yule como su amada, Laigeia Hasen, eran oriundos de una ciudad próxima a un hermoso fiordo situado al norte de Noruega. Lugar que, ataviado de asombrosos paisajes muy típicos de lugares que tenían la fortuna de existir más allá del Círculo Polar Ártico, ofrecía un manjar a los ojos mortales.

Las familias de ambos, cuyos antepasados habían pertenecido a la estirpe comerciante, habitaban desde hacía siglos en una serie de viejas casas de madera pintadas a colores vivos que fueron construidas sobre el muelle, custodiadas desde atrás por un cordón de majestuosas montañas escarpadas sobre el agua, y cascadas que caen desde grandes alturas.

Quienes habían conocido personalmente a Yule lo describían como un hombre de altura soberbia, que tenía una frente amplia y rasgos faciales bien acentuados. Sus ojos luminosos, tenían una muy exclusiva particularidad que lo distinguía del resto de la humanidad. Ese rasgo consistía en un tono peculiarmente azulado que le coloreaba el iris, y que además, cuando se lo observaba de perfil se tornaba violáceo, casi como si se tratara de un truco camaleónico, casi como si fuera magia.

Siempre había sido muy trabajador, había comenzado a temprana edad a trabajar en el puerto, y desde entonces nunca se preocupó jamás por economizar esfuerzos. Rebosaba su personalidad de optimismo y alegría. La luminosidad de su espíritu competía con la de los faros, y la sinceridad de su alma despertaba la envidia del agua más cristalina.

Laigeia, tenía una mirada de intensidad insostenible, cuyas pestañas bien tupidas le sombreaban los parpados inferiores lindantes a sus encendidos ojos marrones. Tras la ausencia de Yule, esa mirada que alguna vez fue elegante y lozana, ahora dejaba traspasar la tristeza, confirmada por el espectáculo que suponían las horrendas marcas del llanto.

Era una de sus características más personales la curiosidad, la que por suerte no le había arrebatado la tragedia. Quizá esa maldita desgracia que padecía logró satisfacer su sed de malicia y destrucción solo con el brillo de tan soberbia mirada.

Laigeia repudiaba la dependencia emocional, el orgullo le impedía subordinar su espíritu a la existencia de otro. Quizás por este motivo no podía comprender su delgadez involuntaria y progresiva. La debilidad avanzaba sobre su cuerpo presurosa, dándole a sus rasgos faciales, anteriormente bellos, una apariencia mustia, casi cadavérica. Las batallas más complejas son siempre las que se luchan contra uno mismo, en especial porque entre tanto, es siempre el propio cuerpo el que sufre los daños.

A medida pasa el tiempo algunos logran olvidar a quienes amaron, seres que ya no están, pero esto no le sucedía a Laigeia ni por asomo. No porque no surgiera dentro de ella aquel sedicioso deseo, sino porque era como in-

tentar frenar al mar. Aun así no escatimó en esfuerzos, aun ante el hecho de las bajas probabilidades de obtener resultados. Ese era precisamente su lastre. A veces miraba hacia el mar con lágrimas en los ojos e imploraba vanamente, con el clásico acento de la desesperación, que algo o alguien la liberara de su tormento.

Todos los aniversarios del 9 de junio Laigeia, bajo la luz de su balcón, ofrecía un homenaje a Yule entre lágrimas y copas, mientras recordaba por ejemplo, como les gustaba caminar por el muelle bajo el sol del ocaso. El fantasma de esos momentos tan felices le hacía un nudo en el estómago, y el dolor aumentaba el caudal de lágrimas que sólo podía contener el dulce sueño que precedía a la extenuación causada por tan intensa amargura. Nunca perdía las esperanzas de que mañana fuera otro día, y dócilmente se desplomó en una acolchonada modorra.

De repente se encontró frente a una casa de numeración 2327. Nada en la fachada de esa casa le resultaba familiar, salvo por un detalle: Un pequeño mástil que se erguía desde la pared del balcón.

Antes de verlo partir por última, Yule le había enseñado a interpretar las banderas de señales. Laigeia conocía el sistema de señales con mensajes semáforo. Un sistema muy útil que se valía de una bandera equivalente a cada letra del abecedario. Lo que nadie sabía, era que ambos habían diseñado un código de banderas propio, para enviarse mensajes de amor a distancia, lejos de los ojos curiosos de la chusma.

Desde su desaparición, en el balcón de la habitación de Laigeia, bailaba al son del viento una bandera que en la clave secreta para el amor, decía “te extraño”.

Custodiaba la puerta de entrada un majestuoso busto geminiano finalmente esculpido en mármol, al que sostenía un elevado pilar de piedra caliza. Una de sus dos caras miraba hacia la derecha, y la otra hacia la izquierda. Al tirar de las aldabas, decidida a entrar, una voz, cuya procedencia era imposible de identificar, comenzó a resonar por doquier. Tardó unos segundos en reponerse del aturdimiento, pero luego Laigeia reconoció la voz y su corazón se aceleró violentamente. Era Yule, de eso no cabía la más leve duda. Pero debido a la conmoción ella sólo logró entender la última frase: “Volveré a media noche”.

En los días sucesivos, Laigeia no pudo liberar sus pensamientos de las garras de aquel sueño. “Fue tan real -Pensó para sus adentros- era realmente su

voz". Se estremeció al analizar su pensamiento. "Es imposible, -pensó ella- no puedo dejar que el deseo invada mi razón ¡No puedo volverme local". Aun así, esa tarde mientras arriaba la bandera en su balcón, no pudo resistir la tentación de examinar el mástil. Dobló prolijamente la bandera y la guardó en un cajón. Luego se dirigió hacia el mástil y lo observó cuidadosamente. Para su asombro una rendija se extendía a lo largo de aquel cilindro metálico cuyo interior era hueco. Curiosamente descubrió que el mástil se podía abrir a la mitad, gracias a aquella rendija. Observó el interior con curiosidad y encontró lo que parecía una cinta métrica, con la salvedad de que no tenía impreso ningún número. En su lugar había letras.

Instintivamente se le ocurrió enrollar la cinta de letras en el mástil y frente a sus ojos se formaron dos palabras entre un mar de letras. Las palabras eran "Portal" y "Amor".

"Sólo otro truco de mi mente mente, una sugestión" "Es imposible", se repetía Laigeia para sí. Intentaba convencerse a sí misma, pero sin éxito. Internamente estaba dividida, una parte pensaba que el deseo de volver a ver a Yule estaba manipulando su mente, y la otra mitad estaba ilusionada ante la posibilidad de un milagro.

Para desmentir cualquier delirio, decidió investigar un poco más sobre el asunto, para ella era sólo un juego, o eso quería creer.

2327 no tenía ningún significado aparente, faltaba analizar la escultura: Un busto de dos caras. Ac cedió a internet y escribió "busto dos caras". Una de las imágenes resultantes le resultó conocida, era idéntica al busto que había visto en el sueño. Era la representación del dios Janus, nombre que deriva de "Janua", cuyo significado es puerta. En el pie de la foto explicaba que tradicionalmente, el solsticio alusivo a San Juan Bautista (Verano en el hemisferio Norte e Invierno en el hemisferio Sur), es la puerta cruzada por las almas mortales y por eso es llamada la "Puerta de los Hombres ". Se preguntó si tendría alguna conexión con la palabra "portal" que se formaba con la cinta del mástil ¿Sería posible que Yule hubiera dejado aquel mensaje como pista de su paradero? ¿O sería un mensaje secreto de amor más, en el caso de que algún día no pudiera volver? Por ahí era eso, Yule intentaba decirle que aunque ya no estaba, seguían vinculados por el sentimiento. "Me estoy dejando llevar demasiado" -razonó Laigeia-. Guardó todo en un cajón del escritorio y salió a dar un paseo para despejarse. En el fondo temía estar volviéndose loca.

Mientras caminaba por el muelle, observaba la puesta de sol. Amaba la hermosa combinación de colores que se formaba a su alrededor. Volvieron a su mente Janus y los solsticios. Recordó que estaba próxima la fecha en la que se celebraría el solsticio de verano.

Los solsticios de verano son los momentos del año en los que el Sol alcanza su mayor altura en el cielo, y la duración de la luz del día es la máxima del año, casi 24 hs. Un espectáculo fascinante.

La curiosidad y el temor a la locura lucharon en el interior de Laigeia durante días, hasta que finalmente la curiosidad resultó vencedora y se permitió preguntarse, una vez más, por el significado de los números 2327. El número le resultaba familiar, le daba la impresión de haberlo visto escrito en lápiz o tiza. Se esforzó por recordar, pero no lo logró. Terminó por convencerse de que todo era producto de su imaginación, guiado por el deseo de encontrar al menos una esperanza de volver a ver, o al menos conocer la suerte que había corrido su Yule.

Se dispuso a guardar la extraña cinta en la caja de recuerdos que guardaba bajo su cama, y al retirar las cobijas que pendían a ambos lados, la luz del día reveló en el dorso de su armazón de algarrobo un garabato seguido de un par de líneas escritas con lápiz. Se acercó para examinarlo de cerca. El corazón le dio un vuelco. Se trataba del dibujo de un círculo, en cuyo interior había otras figuras geométricas y palabras en idiomas desconocidos. Abajo un par de líneas rezaban "Paso del Río" Salmo 91; 11, 12: "Él dará a los ángeles cargo sobre ti, para guardarte en todos tus caminos. Ellos te llevarán en sus manos". Conocía el símbolo, era el quinto pentáculo del sol. Debajo podía leerse escrito también en lápiz, 2327. Los estilos de caligrafía, a simple vista, no coincidían. Eran obras de diferentes personas, eso estaba claro, pero ¿Tendrían alguna conexión? ¿De dónde había salido tan insólito símbolo. Luego recordó que durante los solsticios, el sol formaba un ángulo determinado respecto al Ecuador. Algo le habían enseñado en la escuela, largo tiempo atrás ¿Y si por alguna de esas casualidades coincidía? ¿Sería otra pista o un escalón más cerca de la demencia?

Había comprado la cama hacía poco más de un año, mientras remodelaba su habitación. Pensó que era probable que alguien se estuviera gastando una broma, pero sucedió que el número coincidía con el presunto ángulo,

el cual resultó ser para los solsticios de verano en el norte 23° 27'.

Era una locura muy bien armada. Quizá ya había visto la escritura antes, pero sin prestarle demasiada atención, y por eso no lo recordaba. Si, tenía que ser objetiva. Los sueños son expresiones de deseos. Pero no sólo de deseos, más de una vez había soñado con objetos que había visto durante el día, pero que carecían de significado. “Debe ser eso que algunos psicólogos llaman ‘restos diurnos’. Si, debe ser eso. Estoy interpretando lo que quiero interpretar, todo es un truco sucio de la mente”.

Pero a medida que se acercaba la fecha del solsticio, todo el tema relacionado con el sueño se fue volviendo una obsesión cada vez más fuerte para Laigeia. Dormía cada vez menos, porque se pasaba la totalidad de sus ratos libres online, buscando más información. Sabía que estaba haciendo mal, y que quizá la corriente que estaba siguiendo vehementemente, terminara por conducirla al límite de su cordura, y probablemente a un hospital psiquiátrico. Pero no pudo dominarse ¿Podía tratarse de meras casualidades?

Al cabo de una semana, Laigeia se percató de otra coincidencia, que en acumulación con las anteriores terminaron de minar los frenos inhibitorios que se oponían a seguir el camino del delirio. A medida que se acercaba la fecha del solsticio, se intensificaba la lucha dentro de Laigeia, una parte de ella guardaba esperanzas de ver volver a Yue desde el horizonte marino, y otra parte luchaba por evitar una estrepitosa caída emocional cuando comprobara que era sólo un sueño y nada más. Había visto muchas veces el espectáculo en Hammerfest, son los momentos del año en los que el sol alcanza su mayor o menor altura en el cielo, y la duración del día o de la noche son las máximas. Se aproximaba el solsticio de verano esta vez. El sol iluminaría el abovedado cielo durante 24hs, y le intrigaba averiguar si vendría solo o traería con él a Yule de vuelta. En el fondo sabía que no era posible, pero no podía detener la esperanza que ese sueño y sus casualidades habían desatado. Era una locura, pero aun así esperaba ávidamente la msdianoche del 21 de junio.

Mientras los días transcurrían envueltos en una desesperante ansiedad, el aspecto físico de Laigeia se deterioraba cada vez más. Los nervios le cerraban el estómago, y su batalla interior le absorbía energías a raudales.

Finalmente, el primer día del solsticio, Laigeia se encerró en su cuarto decidida a maquillar esa horrorosa apariencia languideciente de su rostro, al

que había maltratado la tragedia. El orgullo le impedía permitir que Yule la viera en ese estado.

En vísperas de la medianoche, ella se quedó dormida entre copas y lágrimas que había incitado un anticipado derrumbe de toda esperanza, y la reafirmación de su razón, castigada por una avanzada debilidad. Cada día que pasaba, Laigeia se sentía más y más cansada.

A minutos de la medianoche el sol, agazapado, despedía tonalidades anaranjadas, rodeado de nubes que se arremolinaban teñidas de un rojo escarlata como la sangre. Al silencio sepulcral del interior de la casa lo interfería el sonido rítmico del movimiento de las agujas del reloj. Las cuales marcaban el compás de la marcha del tiempo.

Un sonido seco, como el que hace la puerta al despegarse del contramarco resonó en la habitación y Laigeia se despertó con un sobresalto. El ruido provino al parecer de su mente, porque la puerta permanecía una cerrada. Era medianoche, y no había nadie en su habitación salvo su reflejo que le devolvía la mirada desde el espejo iluminado por el sol de medianoche. El sonido del timbre o el teléfono brillaban por su ausencia, y las esperanzas de volver a ver a Yule se desplomaron en el interior de Laigeia con un estruendo sordo al que ahogó el sonido proveniente de los sollozos del alma agónica de ella.

Con una profunda tristeza se quedó mirando cómo caían las lágrimas desde la cuenca de sus ojos hundidos, en los cuales por un instante ínfimo vio un destello violáceo. No podía ser ¿Estaría soñando? Miró más atentamente y se vio distorsionada, como si su contorno fuera de humo. Quizá era el sueño. Sin moverse de su cama siguió observando, sumida en una aguda tristeza hasta que le pareció ver un vez de su frente una frente más amplia, y ya no eran sus ojos tristes los que veía, sino un par de hermosos ojos azules. Era él ¡Había vuelto! Lo estaba viendo deslizarse hasta su cama. Sentía la calidez de vuelta y era un bálsamo que aliviaba las heridas que le habían infligido tres años de tormento. Parecía como si el sol de verano, surgiera con todo su esplendor dentro de ella, llevándose el frío que la fatalidad había sembrado en su pobre alma, y devolviéndole esa calidez tan anhelada. Estaba tan embriagada con la aparición de su amado Yule, que olvidó todo y lo siguió, leal a lo que dictaba su corazón, cerrando los ojos para siempre como un telón que cae indicando el cierre de un gran final.

El oasis

SEUDÓNIMO / FABIS

Era un nuevo terremoto. Uno más entre tantos que venían sucediéndose en los últimos días. Si bien eran acotados en el tiempo, para Pablo Damiano se hacían eternos. Del mismo modo que la espera.

Pablo era un chico normal, transitaba su vida cursando los estudios universitarios de la facultad historia, conviviendo con sus padres y un hermano menor, Santiago, que tenía 11 años. Pero en la etapa que navegaba, su mayor temor era no encontrar el oasis. Ese pequeño manantial en el medio del desierto, podía significar un abrazo interminable de parte de la vida.

Entre tanto, los terremotos seguían allí, inalterables e inexpugnables. Se alzaban de armas y con una actitud que paulatinamente era más beligerante conforme el día se acercaba, resultaban ser avasallantes.

Pablo recorrió cada metro de la montaña advertido de las sensaciones y con el entusiasmo propio de cualquier muchacho que tiene como bandera, la convicción de que eligió la carrera universitaria correcta. Pero ignoró el paso del tiempo, casi como burlándose.

- ¡Estás cada vez más cerca, Pablo! - Le decía su mamá.
- Es cierto, falta poco, lo voy llevando muy bien. - Respondía él.

En su respuesta, dejaba claro que no iba tomando nota de que cada paso que daba, era disímil al anterior y que la diferencia entre ellos se iba acentuando. Claro, de repente observó el casillero completo, con lo que un sismo se produjo. La madurez se alcanzó con la repentización de la lluvia tropical. Hubo a partir de allí un solo objetivo que, como tal, acaparaba toda la atención de Pablo.

La primera estación era el océano. Dentro de ella las palabras abundaban de una manera intensa, gustosa, pero agobiante. Y una vez ingresado al agua, la crisis. Eran olas inmensas que parecían insuficientes para satisfacer lo que, con desdén, el mencionado objetivo exigía.

En tanto, la ristra de sismos se presentaba nuevamente de galera y bastón, cuando resultaba menos oportuna, en su rol ya de clásico villano. Su presencia se tornaba ingrata.

De repente, una caricia, una leve brisa en un momento caluroso. "Usted está capacitado para afrontar ese desafío". – Sentenció el Licenciado

Vega, alguien a quien Pablo consideraba una persona muy reflexiva. Era reconfortante.

Al regresar a casa, un torbellino denominado Santiago azotaba el lugar de rincón a rincón. No había forma de evadir tal odisea, por lo que en ese momento y luego de un extenso rato inmerso en la marea, entendió que era el momento justo para jugar el partido, el desafío tan comentado en el barrio.

Siempre hubo rivalidad entre los de barrio Güemes y los de barrio Borja. Pablo era partícipe de estos últimos. Desde aquella final interbarrial que había sido jugada por su padre, en la que su equipo perdió por penales, tan sólo hubo cargadas y palabras. Pero el momento de la verdad había llegado.

Relucía el nerviosismo en los rostros de cada futbolista. Porque claro, un partido tan importante para el orgullo hacía sentir a todos los que participaban los más importantes futbolistas del mundo. Y con semejante sentir, el corazón de Pablo, que era un recio defensor, palpaba como un volcán a punto de estallar.

El partido fue apasionante, para jugadores y público. Transcurridos los 90 minutos con la velocidad y electricidad de un relámpago, el marcador nos mostraba un resultado de 2 a 2. En la sucesión de penales definitivos, como si hubiera sido planeado, el último y que podía consagrarlo, le tocaba patearlo a Pablo. Resultaba ser un épico episodio en su vida. Añorado de pequeño cuando escuchaba las anécdotas de su padre Raúl, con el tiempo transitando lento como el deshielo de un glaciar. Tomo distancia, pensó en sus amigos y...¡Gooooool! Acarició la gloria y festejó rebalsando de felicidad, como siempre imaginó.

Pero de repente, el insaciable estruendo sísmico se volvía a sentir en lo más profundo de sus entrañas. Como un león que no se detiene hasta alcanzar su presa. Era un baldazo de realidad que lo volvía a situar en un lugar cálido pero cruel.

Retomar la senda luego de tanta algarabía no era fácil. El tiempo se desplazaba con tanta celeridad que la batalla deportiva dejaba una sensación insoslayable e irreconciliable de brevedad y lejanía.

- ¿Vale la pena esta indiferente angustia? – Se preguntaba Pablo.

- ¡Pero claro que lo vale! – Se respondía sin lugar a hesitación.

Había una constante lucha interna contra el torrente emocional que

implicaba esa etapa cumbre. La coronación, o no, de tanto esfuerzo. Estaba en el pico de la montaña, plantar o no bandera resultaba ser el epicentro de sus pensamientos. Sin embargo, el tiempo se diluía como el azúcar en el agua. Claro que el sabor no era dulce.

Repentinamente estaba en el laberinto. Había que buscar la salida y Pablo sentía que sabía cómo hallarla. Tenía la plena convicción de que ese era su día. Aunque estaba en un contexto caluroso, él no iba a perder su buen juicio. Un par de giros en falso lo desalentaban porque veía que el objetivo podría escurrirse. La complejidad del lugar que recorría le terminaba resultando más extenuante que la alta temperatura, aunque sabía que se trataba más que nada de un agobio emocional, psicológico.

La dificultad radicaba a esa altura, en sí mismo. Pero no claudicaba, el premio debía llegar. Quizás amparado en las palabras que unos días antes le había expresado el Licenciado Vega, o sustentado en pensar en su familia, o lisa y llanamente, alentado por el inconmensurable esfuerzo que había realizado a lo largo de tanto tiempo, se sostenía de pie para buscar la salida de ese laberinto. Pero ya no había estrategia valedera entre tanto vaivén anímico, sobre todo porque la coyuntura parecía no ayudar. Hasta que, cuando la oscuridad se regodeaba por el momento, el claro apareció. Pablo siguió un sendero cuya felicidad era palpable y comenzó a subyacer su alma, era el momento...

- ¡Riiiiiiiiinnngg! – Sonó el teléfono desvelándolo del más paradisíaco sueño.

Se despertó con un llamado que esbozaba un deseo de éxitos y muchas cosas que no logró siquiera razonar. Se levantó de su cama como cualquier día, dispuesto a ducharse. Pero esa calificación no era aplicable a aquella jornada, que a esa altura, se tornaba la más importante en su vida. Se cambió de ropa y desayunó aunque muy poco por razones sobradamente lógicas. Hubo algunas palabras cálidas dirigidas hacia él, pero su capacidad receptiva estaba limitada. Se sintió atado al piso por la fuerza de gravedad, pero marchó con envidia hacia la soledad del desierto.

En el camino la inestabilidad se enmarcaba en una incesante cadena de sismos que desde la profundidad de su ser lo querían enmarañar. Un adversario por el momento invencible, desde que no hubo método por el cual lograra que éstos desaparecieran. Al menos hasta esa oportunidad.

Ingresó a una zona completamente desértica. Rispida ésta, no daba tregua,

no habiendo más defensa y resguardo que el conocimiento. Pablo buscaba su oasis, ya que allí encontraría la frescura y el alivio.

Pero el viento arenoso erosionaba la piedra. Pretencioso, buscaba llegar a un centro adiamantado, como si supiera que éste existía. El desgaste era progresivo pero también lo era la demostración cognitiva. Estaban siendo ambas cuestiones directamente proporcionales y eso era un buen presagio. El ambiente no era hostil, aunque se presentaba a todas luces severo. La sucesión de pequeños eventos se mostró favorable a Pablo y el viento mutó en una brisa, para terminar retirándose con hidalguía.

Ya no había más sismos. La batalla estaba ganada. El oasis estaba ahí, con su placentera soledad, pero abrazándolo del mismo modo que aquellas palabras de quien, como un fiel enemigo, le fue honesto en la derrota al decir: "Está bien Sr. Damiano, está bien. Usted lo ha logrado, ha aprobado, ya puede decir que es Licenciado en Historia."

NOVIEMBRE
2012



Facultad de Ciencias
**Astronómicas
y Geofísicas**
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA



Facultad de Ciencias
Astronómicas
y Geofísicas
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA